

EL ECO DE LOS NADIE

EL ECO DE LOS NADIE

Cronos, Despierta I

Facundo Ríos

© 2026 Ríos, Facundo
Todos los derechos reservados.

www.facundorios.com
cronosdespierta@gmail.com

Informe editorial: Alejandro Baravalle
Diseño de portada y maquetación editorial: Leandro Puntin

*A Sabri, por aceptar a mi niño interior.
A Sofía, a Simón y a Guichy por permitirme ser yo.
Y a toda mi familia, por acompañarme siempre.*

“Los muertos son los únicos que ven el final de la guerra.”

Fragmento atribuido a los archivos previos a Omnis

ÍNDICE

DRAMATIS PERSONAE	13
PRÓLOGO.....	17
ACTO 1.....	41
Capítulo 0	43
Capítulo 1	49
Capítulo 2.....	61
Capítulo 3.....	85
Capítulo 4	93
Capítulo 5.....	115
Capítulo 6	133
Capítulo 7.....	149
Capítulo 8	163
FIN DEL ACTO I.....	187
INTERLUDIO I	189
ACTO II	195
Capítulo 9	197
Capítulo 10.....	217
Capítulo 11	231
Capítulo 12.....	243
Capítulo 13	271
Capítulo 14.....	295
Capítulo 15	313
Capítulo 16.....	337
Capítulo 17	353
FIN DEL ACTO II	369

INTERLUDIO II.....	371
ACTO III	375
Capítulo 18.....	377
Capítulo 19.....	387
Capítulo 20	409
Capítulo 21.....	423
Capítulo 22	437
Capítulo 23.....	463
Capítulo 24	533
EPÍLOGO	551

DRAMATIS PERSONAE

Gobierno Universal

Mando político

Robert Santiago. Delegado Primero del Gobierno Universal.

Lin Shimamoto. Asesor personal de Santiago.

Loran Vek. Delegado Planetario de Tau Ceti IV.

Lilian Solvyn. Delegada opositora dentro del Consejo.

Hal Varandis. Delegado de la facción neutral.

Bernard Von Hessol. Delegado con ambiciones presidenciales.

Dario Gilmour. Delegado afín a Santiago, perteneciente a la facción de los sistemas centrales.

Marla Jinet. Delegada aliada de Santiago, calculadora y directa.

Harold Verateu. Asistente de Solvyn.

13

Mando militar

Dossian Glass. Coronel retirado del Gobierno Universal.

Rodrick Viulk. “La Araña Negra”. General legendario del Gobierno Universal, símbolo de sus campañas más brutales.

Rellán Gaius. Contraalmirante, superior inmediato de Dossian.

Coronel Ardeval. Oficial de alto rango en la estación orbital.

Comandante Erian Dalt. Oficial de la estación orbital.

Comandante Var Hesker. Oficial de la estación orbital.

Sargento Kehr. Veterano que lidera el embarque de Nolan y Harlan.

Harald Inoss. Coronel retirado, internado en el ala de rehabilitación militar de Klynos.

Escuadrón 17.^a

Reis Zinerman. Teniente al mando de la 17.^a unidad.

Alis. Soldado de la 17.^a.

Miren. Soldado de la 17.^a.

Alzar. Soldado veterano de la 17.^a, mayor que el resto.

Jevin. Soldado joven de la 17.^a, diecisiete años.

Bren. Soldado de la 17.^a

Otros Soldados

David Lupers. Soldado al mando de Dossian.

Proyecto Bastión

Anara Huckson. Ingeniera jefa del Operativo Bastión.

Gornal Vessera. Ingeniero principal de Bastión.

Población del Gobierno Universal

Hiriam Shimamoto. Abuelo de Lin, ex delegado político.

Keiko Shimamoto. Madre de Lin.

Saphira Don. Periodista de investigación independiente, autora del libro no publicado *Los ciclos de la guerra*.

Piaros. Guía supremo de la Iglesia Gobernante de Klynos.

Doctor Lisenski. Médico responsable del ala de rehabilitación militar.

Fuerzas Separatistas

Mando

Larton Devour. Arconte y líder máximo de la Unión Separatista.

Deshen Roq. Sargento mayor y mando operativo de las fuerzas separatistas en Tau Ceti IV.

Jan Dom. Asistente personal de Devour.

Escuadrón de Kael Durnan — Frente de Tau Ceti IV

Kael Durnan. Ojo de la unión separatista.

Jacques “Jackie” Durnan. Hermano menor de Kael, mercenario independiente.

Rudolph Tant. Portavoz del escuadrón de Kael.

Aeryn Durnan. Esposa de Kael.

Kieran Durnan. Hijo pequeño de Kael.

Constantina Dull. Mano del escuadrón separatista.

Diemano Vashila. Soldado leal a Constantina.

Chuet. Soldado del escuadrón de Kael.

Div Kut. Soldado joven e inadaptado al combate.

Garran. Soldado del escuadrón.

Hishio. Soldado veterano del escuadrón de Constantina.
Yolanda. Soldado veterana del escuadrón de Constantina.
Tessio Skixinov. Escolta y compañero de Jackie Durnan en el transporte de prisioneros.

Estrellas Azules

Cruger. Comandante de los Estrellas Azules.
Heriak Volosko. Segundo al mando de los Estrellas Azules.
Líderes planetarios aliados
Yivar Tok. Representante de Eldaras IV.
Irina Hiuk. Gobernadora de Urvath.
Eivard Tom. Líder escéptico sobre las posibilidades de victoria separatista.
Lira Yan. Líder anciana de la Frontera Exterior.
Prisioneros en Tau Ceti IV
Nolan Ryen. Soldado del Gobierno Universal, originario de Gelboria.
Harlan. Soldado inexperto y ex supervisor logístico de Klynos.
Vela. Prisionera originaria de Cirtis.
Karr. Prisionero cultista seguidor de Poro y Valeno.
Mikael Skarasca. Ex cadete de la Escuela de Sistemas del Gobierno Universal.
Ebran. Prisionero de la milicia de Kor Tresh.
Thelonopios. Prisionero enigmático.
Akhven. Técnico de señal desertor del bando separatista.
Deblo. Prisionero.
Sharia. Prisionera.

Baltimoreanos

Nuka Vak'Zarr. Guerrero baltimoreano.
Kren Vak'Zarr. Padre de Nuka.
Alto Sacerdote de Bagdur. Figura ritual central del campamento baltimoreano.
Dritor Fick. Embajador de Veroras.

Orden Orfeana

Arktrup. Líder de la Orden Orfeana.
Rheda Zy'l'asla'v. Miembro de la orden.
Soro. Figura central de la profecía de la orden.

Selion. Miembro de la orden.

Personajes mencionados

Donald Durnan. Padre de Kael y Jackie.

Daron Pierce. Ex Delegado Primero.

Vátimo. Hijo de Harlan.

Roger. Mentor de Nolan.

Voces del universo

Saphira Don. Periodista e historiadora. Autora de *Los ciclos de la guerra*, obra que analiza la estructura del poder en el Gobierno Universal. También aparece como personaje activo en la trama de Lin.

Timothee Deveriagne. Poeta. Autor de Versos para un planeta sin sombra.

Hiram Leverite. Autor del Manual del soldado del Frente Universal.

Enea Disol. Autor de La historia jamás contada.

Elías Kordhen. Autor de Restos de una brújula rota.

Victorio Lepoldo. Autor de La sangre y la pena.

Voren Luth. Jurista citado por Saphira Don: autor de *Cartas desde Klynos* (año 4995).

Doctor Hestor Likarte. Académico, autor de Política I.

PRÓLOGO

Primero vino la luz. Luego, el estruendo. Y después, los gritos. Para cuando la ciudad entendió que estaba muriendo, ya era demasiado tarde.

Pero Dossian lo supo antes.

Algo en su estómago se había retorcido cuando los radares marcaron actividad en el extremo del sistema. No lo suficiente como para lanzar una alerta oficial, pero sí lo bastante como para pasar la última hora maldiciendo su propio instinto.

Curiosamente, la Plaza del Pacto en Tau Ceti IV había amanecido llena de vida, un mar de luces doradas y estandartes ondeando bajo la inmensa cúpula artificial que cubría la ciudad capital. Miles de personas se habían congregado para celebrar el centenario de la anexión del planeta al Gobierno Universal, un siglo de progreso, unidad y estabilidad... o al menos, esa era la versión oficial.

Desde el borde exterior de la Plaza del Pacto, junto al cordón de seguridad, Dossian observaba cómo las primeras luces del día rebotaban contra la cúpula artificial que cubría la capital. La ciudad parecía un tapiz de resplandor dorado y azul, reflejado en las amplias superficies de metal pulido de los rascacielos administrativos. Calles limpias, plazas adornadas con estatuas de líderes pasados y avenidas diseñadas con precisión geométrica daban la impresión de un mundo en completa armonía. Pero Dossian sabía que la superficie no siempre revelaba la verdad.

Hologramas monumentales se proyectaban sobre la cúpula de la ciudad, cada uno narrando un fragmento de la historia de Tau Ceti Prime. En una imagen, el antiguo

parlamento planetario firmaba el Tratado de Integración, marcando el fin de su independencia política. En otra, una flota de naves del Gobierno Universal descendía en formación sobre la capital, un recordatorio visual de que la anexión no había sido completamente pacífica. A los ojos del pueblo, sin embargo, aquellas imágenes representaban la evolución natural de la civilización.

Pequeños drones surcaban el cielo nocturno con movimientos precisos, transmitiendo la ceremonia en vivo a cada rincón del sistema. Cada una de sus cámaras registraba y analizaba los rostros de la multitud, identificando expresiones, patrones de movimiento y cualquier indicio de comportamiento sospechoso.

La música de una orquesta sinfónica flotaba sobre la plaza, una melodía compuesta especialmente para la ocasión. Era solemne, majestuosa, diseñada para evocar un sentido de unidad y continuidad histórica. Sin embargo, en medio de la multitud, los murmullos y risas de los asistentes añadían una capa de ruido más caótica. Familias con niños se arremolinaban cerca de los puestos de comida, donde chefs locales servían platos tradicionales adaptados a las normas nutricionales del Gobierno Universal. Grupos de funcionarios intercambiaban saludos, algunos con sonrisas sinceras, otros no.

Desde su posición en el perímetro, la tarima central parecía un faro en medio de un mar de rostros. Era una imponente plataforma elevada en el centro de la plaza, con pantallas holográficas proyectando la imagen del Delegado Planetario Loran Vek. Vestido con el uniforme ceremonial del Gobierno Universal, su rostro sereno e imponente aparecía en las transmisiones masivas, una figura envuelta en la retórica de la civilización y la paz. A su alrededor, oficiales de alto rango y dignatarios compartían el palco de honor, algunos con copas en la

mano, otros conversando en voz baja mientras observaban el desarrollo del evento. Desde allí, la vista de la plaza era inigualable: una alfombra interminable de rostros expectantes, iluminados por los reflectores.

El Loran Vek holográfico parpadeó levemente antes de estabilizarse. Su voz resonó en cada rincón de la Plaza del Pacto, amplificada por los altavoces ocultos en la cúpula.

—Ciudadanos de Tau Ceti IV, hoy celebramos un siglo de unidad, un siglo de estabilidad. Hace cien años, nuestros ancestros tomaron una decisión que cambiaría el curso de nuestra historia. Se unieron al Gobierno Universal no por conquista, sino por convicción. Porque sabían que la verdadera fuerza de una civilización no reside en la independencia egoísta, sino en la cooperación y el progreso compartido.

Los aplausos llenaron la plaza. Vek alzó la mano con una sonrisa de orgullo antes de continuar.

—Hemos construido una sociedad donde el caos del pasado ya no tiene cabida. Mientras otros mundos aún sufren divisiones, nosotros prosperamos. Mientras los separatistas siembran discordia, nosotros nos mantenemos firmes en nuestro compromiso con la paz. Tau Ceti IV es un modelo de orden y crecimiento, una joya de la galaxia.

Dossian observó a la multitud desde su posición. La gente vitoreaba, algunos realmente convencidos, otros simplemente dejándose llevar por la corriente. Pero él vio algo más. Pequeños grupos que no aplaudían. Rostros sin emoción entre la multitud. Miradas bajas, como si evitaran la euforia colectiva.

Vek extendió una mano hacia el cielo artificial de la cúpula.

—Y por eso, nunca permitiremos que nos arrebaten lo que hemos construido. Los enemigos de la paz buscan destruirnos con mentiras y violencia, pero hoy, aquí,

demostramos que no pueden quebrar nuestra voluntad. Tau Ceti IV sigue en pie. El Gobierno Universal sigue en pie. ¡Viva la unión!

La multitud rugió con una ovación. Los hologramas proyectaron imágenes de flotas del Gobierno Universal surcando los cielos, de colonias prósperas, de niños ondeando banderas.

Pero para Dossian, la fiesta tenía un matiz distinto.

Desde su puesto de vigilancia, observaba el espectáculo con la experiencia de quien no confiaba en las treguas ni en los festejos. Caminaba con un ritmo pausado pero constante, escudriñando el perímetro con la misma meticulosidad con la que analizaría un campo de batalla. Su uniforme de gala llevaba múltiples insignias de servicio, testimonio de sus años de lealtad al Gobierno Universal, pero para él no eran más que condecoraciones sin valor real. La estabilidad no se mantenía con discursos ni con celebraciones; se mantenía con vigilancia.

A su alrededor, los soldados de la Protección del Delegado Planetario mantenían posiciones estratégicas en los accesos principales. Algunos estaban en los bordes de la plaza, otros en las torres de observación y en las azoteas de los edificios cercanos. La seguridad era estricta, aunque Dossian no se engañaba con falsas garantías. La mayoría de los efectivos eran jóvenes, reclutas sin la experiencia suficiente para reaccionar correctamente en una situación de crisis. Había visto muchas veces lo rápido que el orden podía desmoronarse cuando comenzaban los disparos.

Un grupo de niños pasó corriendo a su lado, riendo y señalando los hologramas con asombro. Uno de ellos, de no más de ocho años, se detuvo a observar con fascinación la proyección de la firma del Tratado de Integración. Sus ojos reflejaban la luz azul del holograma mientras murmuraba algo a su madre.

Dossian los observó durante un momento, sintiendo un nudo en el estómago. Aquellos niños nunca habían vivido una guerra, nunca habían presenciado el horror. Para ellos, el mundo siempre había sido así. Crecerían con la certeza de que la estabilidad era un derecho inalterable. Que Yahvé los protegiera manteniéndolos allí, y ojalá tuvieran razón.

Tras una última pasada por el sector norte, cruzó el cordón y se internó por el pasillo de acceso reservado, donde aguardaba el Contraalmirante Gaius. Respiró hondo y se dirigió hacia su superior inmediato, quien lo esperaba cerca de la línea de seguridad. Gaius tenía la expresión relajada de un hombre que confiaba en que todo saldría según lo previsto.

—¿Alguna novedad, coronel? —preguntó Gaius.

—Nada relevante —respondió Dossian, sin apartar la vista de su tablilla digital—. A simple vista todo está en orden. Nos espera una noche larga, pero sin sobresaltos.

Gaius asintió. Dossian deslizó entonces la pregunta que realmente quería hacer.

—Escuché rumores. Dicen que Rodrick Viulk y Robert Santiago estarán aquí.

Gaius dejó de mirar la tablilla y le dedicó una mirada calculadora.

—Viulk llegó hace unas horas. Santiago aún no se ha presentado, pero no me sorprendería verlo. Después de todo, Tau Ceti IV siempre fue uno de sus planetas favoritos.

Dossian asintió lentamente. Había supuesto que Santiago aparecería en algún momento. Él estaba en todas partes.

—¿Y Viulk? —insistió—. ¿Qué hace la Araña Negra aquí?

Gaius exhaló con cierta resignación.

—Viulk es un símbolo. Un hombre como él no necesita una razón para asistir a un evento así. Tal vez solo quiera sentirse admirado. Quién sabe. Pero hay héroes

que es mejor admirar desde la distancia.

Dossian guardó silencio durante un momento, analizando las palabras de su superior. No había nadie en la galaxia que no supiera quién era Rodrick Viulk.

Viulk. La Araña Negra. El exterminador.

El maldito héroe de todo aquel que soñara con convertirse en soldado. Un hombre que, según los registros oficiales, había sido una de las piezas clave para consolidar la supremacía del Gobierno Universal. Pero los rumores siempre hablaban de él con una mezcla de reverencia y miedo. No era solo un soldado, no era solo un hombre. En eso Gaius tenía razón: era un símbolo. Uno tan heroico como monstruoso.

Y ahora estaba allí, en la misma celebración.

Dossian apretó la mandíbula y asintió.

—Entiendo.

—Tú preocúpate por beber, pero mantente sobrio. Y si alguien te pregunta algo, pon cara de circunstancia. Eso es todo lo que se espera de ti esta noche.

A Dossian se le escapó una risa. Gaius le dio una palmada amistosa.

Dossian dejó a Gaius y se dirigió hacia el perímetro de seguridad. Volvió al anillo exterior, donde los soldados mantenían las posiciones clave entre columnas y accesos. Dossian avanzó con paso firme, observando los rostros de sus hombres con la mirada entrenada de alguien que había pasado demasiados años en combate. Buscaba pequeños detalles: la rigidez en los hombros, la forma en que algunos ajustaban el agarre sobre sus armas, los movimientos de la cabeza al escanear la multitud. Reis Zinerman, uno de los más jóvenes, estaba ligeramente inclinado.

—Soldado, mantenga la espalda recta. Muestre orgullo; está representando al Gobierno Universal con sus movimientos.

Zinerman buscó aliados con la mirada, pero no recibió ninguna reacción.

—Sí, señor.

Dossian había aprendido hacía mucho tiempo que el miedo no siempre se mostraba en los ojos de un soldado. A veces, se revelaba en la forma en que respiraban. En cómo mantenían la mandíbula apretada sin darse cuenta. En la sutil tensión de los dedos cuando descansaban sobre el gatillo.

Y fue en esos pequeños detalles donde encontró a David Lupers.

El soldado estaba apostado cerca del cordón de seguridad. A diferencia de Reis, tenía una postura rígida, como una vara de metal clavada en el suelo. Había servido con Dossian en campañas anteriores y, hasta ese momento, siempre había demostrado ser un soldado confiable y certero. Pero algo estaba mal.

Dossian vio cómo las manos de Lupers temblaban ligeramente sobre el rifle que colgaba de su pecho. No demasiado, pero sí lo suficiente para que un ojo entrenado lo notara. Su respiración era superficial y sus ojos evitaban el contacto directo con cualquiera que pasara cerca. Curioso. Era un evento completamente protocolario.

Dossian se acercó despacio, sin hacer movimientos bruscos.

—¿Nervioso, Lupers? —preguntó con una media sonrisa, modulando el tono para que pareciera una conversación casual.

El soldado se tensó ligeramente antes de girarse hacia él. Su expresión era forzada, como si intentara componer una máscara de normalidad que se desmoronaba a cada segundo.

—No, señor. Solo... demasiada gente. No me gustan las multitudes.

Dossian asintió lentamente.

—Es solo una ceremonia protocolaria, cabo. Dentro de unas horas estarán de regreso en la guarnición. Manténgase centrado y todo estará bien.

Pero mientras pronunciaba aquellas palabras, supo que algo no encajaba.

Había visto miedo en los rostros de los soldados antes. Sabía reconocer el nerviosismo que precedía a una batalla, la adrenalina que los hacía moverse como resortes a punto de romperse. Pero lo que veía en Lupers no era eso. No era miedo al combate. Y mucho menos incomodidad hacia las multitudes.

Era algo más profundo.

Dossian lo sostuvo con la mirada durante un momento más, esperando que el soldado dijera algo adicional, que diera algún indicio de qué lo tenía tan inquieto. Pero Lupers solo asintió torpemente y volvió la vista al frente, con los nudillos blancos de tanto apretar el arma.

Dossian consideró presionarlo, preguntarle qué ocurría. Pero algo en su instinto le dijo que no era el momento.

Con una ligera sacudida de cabeza, se alejó y continuó su patrullaje.

La sensación de incomodidad permaneció con él.

Cuando divisó a Rodrick Viulk entre los invitados de la zona exclusiva, la sensación se intensificó.

Viulk estaba de pie, inmóvil entre la multitud, con la postura de un depredador en reposo. Mientras los otros dignatarios se mezclaban en charlas y risas, su presencia era una grieta en la imagen de festividad que intentaban proyectar.

Dossian se acercó sin vacilar, consciente de cada paso que daba.

Por supuesto, Viulk notó su presencia antes de que pudiera hablar. Giró la cabeza lentamente y sus ojos fríos se posaron sobre él como un cuchillo deslizándose sobre piedra.

Su cuerpo, todavía imponente pese a los años, era una estructura de músculos endurecidos y cicatrices que narraban su historia mejor que cualquier registro militar. Su rostro estaba marcado por surcos profundos, con viejas heridas abiertas como grietas en piedra. Una cicatriz gruesa le cruzaba desde la sien hasta la mandíbula, torciendo levemente su expresión en un gesto perpetuamente hosco.

Su cabello, corto y desordenado, había sido oscuro en su juventud, pero ahora estaba salpicado de vetas plateadas, un testimonio silencioso del tiempo y la violencia. Su barba, espesa y desaliñada, seguía el mismo patrón, con mechones blancos esparcidos entre el negro desgastado. Era un lobo viejo y curtido por el invierno.

Sus ojos, de un gris acerado, eran lo más inquietante de su rostro. No reflejaban ira ni furia, sino un vacío contenido.

Dossian sintió que, por un momento, era él quien estaba siendo evaluado.

—General Viulk —dijo con firmeza—. Es un honor conocerlo.

Viulk no respondió de inmediato. Sus ojos siguieron escrutándolo durante unos segundos más antes de que hablara.

—Me imagino —dijo con voz rasposa, áspera como metal oxidado.

Dossian mantuvo la compostura.

—Es un día histórico, general. Me sorprende verlo aquí.

Viulk entrecerró los ojos.

—A veces es necesario respirar un poco de aire fresco.

Todos sabían que Viulk no estaba pasando por un buen momento. Sus escándalos aparecían en las noticias cada semana. Incluso así, verlo en persona era otra historia: lejos de parecer un héroe inspirador, transmitía la imagen del ser más apático del universo.

Antes de que Dossian pudiera seguir indagando, un movimiento entre los guardias de seguridad llamó su atención.

Pequeños saludos discretos entre ellos, posturas que no correspondían al protocolo. Eran gestos casi imperceptibles, pero demasiado coordinados. No tenían la naturalidad de soldados compartiendo un momento de camaradería.

Eran señales.

Dossian sintió un nudo formarse en el estómago.

Volvió la vista hacia Viulk, quien lo observaba con la misma calma glacial con la que parecía haber analizado cada rincón de la plaza.

—Disfrute la celebración, comandante —dijo Dossian con neutralidad, aunque su mente ya estaba en otro lugar.

—Lo dudo —respondió Viulk.

Se alejó de él y se dirigió de inmediato hacia Gaius.

—Algo anda mal —dijo en voz baja, inclinándose ligeramente hacia él—. Vi algunos intercambios sospechosos entre los soldados de seguridad.

Gaius frunció el ceño, pero asintió sin discutir. Con movimientos precisos, deslizó los dedos sobre la superficie de su tablilla y comenzó a revisar los registros de seguridad. Dossian sabía que el comandante tomaría en serio su advertencia, pero también sabía que aquello le tomaría tiempo. Y el tiempo era algo que, por primera vez en años, sintió que no tenía.

Un escalofrío recorrió su espalda. La intuición de un soldado no era infalible, pero tampoco debía ignorarse. Había aprendido a confiar en ella en los campos de batalla, y ahora ese mismo instinto le decía que si no actuaba de inmediato sería demasiado tarde. Algo estaba ocurriendo, ¿pero qué?

Con una última mirada hacia Gaius, giró sobre sus talones y comenzó a caminar rápidamente entre la multitud, apartando a quienes se interponían en su camino. La música, los discursos y las risas parecían amortiguados por la

creciente sensación de que algo estaba a punto de ocurrir.

Entonces lo vio.

Primero fue un pequeño detalle: un soldado abandonando su puesto en la periferia de la tarima central. Luego otro. Y otro más. Se movían con aparente normalidad, pero Dossian los conocía. Soldados bien entrenados no abandonaban sus posiciones a la ligera, y mucho menos durante un evento de aquella magnitud. Lo peor era que no parecían dirigirse hacia otro punto de vigilancia, sino hacia una de las rutas laterales de salida.

Aceleró el paso. No podía detenerse para advertir a Gaius ni a nadie más.

Se apartó del centro de la plaza y entró en uno de los corredores de servicio que conectaban el perímetro con las zonas de mantenimiento. Las luces de seguridad parpadeaban con un ritmo irregular, proyectando sombras alargadas sobre las paredes metálicas.

Sintió cómo el pecho se le aceleraba. ¿Pero por qué?

Entonces alguien lo emboscó.

El brazo musculoso de su atacante se cerró alrededor de su cuello con la fuerza de un torniquete, intentando inmovilizarlo en un solo movimiento. Dossian reaccionó rápidamente, echando la cabeza hacia atrás y golpeando con la parte trasera del cráneo el rostro del agresor. Un gruñido de dolor le indicó que el golpe había dado en el blanco, y aprovechó el instante para girar el cuerpo, liberándose lo suficiente como para estrellar el codo contra las costillas de su atacante.

El hombre trastabilló, pero no cayó. Dossian vio que llevaba un uniforme desgarrado y sucio, sin insignias visibles a simple vista. Sin embargo, un reflejo en su brazo llamó su atención.

Una insignia.

Dos hojas afiladas se cruzaban detrás, evocando la gue-

rra y la resistencia inquebrantable. A su alrededor, una cadena rota rodeaba el diseño, representando la liberación de la opresión imperial. Grabada en el borde inferior, una inscripción en dialecto antiguo proclamaba:

“Solo en la rebelión hay libertad”.

No pertenecía al Gobierno Universal.

Era de los planetas separatistas.

Dossian no esperó a hacer preguntas. Lanzó un golpe seco con el mango de su pistola contra la mandíbula del hombre y lo vio desplomarse con un gemido ahogado. Sin perder tiempo, echó a correr.

El pasillo desembocaba en una zona de mantenimiento, un espacio estrecho donde estaban resguardados los sistemas eléctricos de la plaza. Y allí, en el centro del corredor, estaba Lupers.

El soldado permanecía de espaldas, inmóvil, con los hombros rígidos.

—¡Lupers! —gritó Dossian, con la voz resonando en el eco metálico del pasillo.

El hombre se giró lentamente, como si cada movimiento le exigiera un esfuerzo sobrehumano. Su rostro estaba cubierto de sudor y su expresión era la de alguien atrapado dentro de una decisión imposible.

Pero Dossian no observó su rostro.

Su mirada descendió directamente hacia su mano.

Un detonador.

El frío que recorrió su espalda fue casi tangible.

—Suelta eso —ordenó, con una voz firme pero contenida. Sabía que cualquier señal de amenaza podría empujarlo a hacer algo irreversible.

Lupers respiró con dificultad, con los ojos vidriosos.

—No puedo... —susurró.

—Claro que puedes —Dossian dio un paso hacia adelante, sin apartar la vista de la mano temblorosa de su

soldado—. No tienes que hacer esto.

Lupers sollozó, con los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo. Pero no lo hizo.

Dossian no pestañeó.

—¿Por qué?

El soldado tembló. Sus ojos estaban perdidos en un punto más allá de Dossian, más allá de la plaza.

—Porque alguien debe hacerlo —susurró.

En su voz solo había un cansancio insondable.

Su dedo se movió.

Dossian disparó.

El estruendo del arma se mezcló con un segundo sonido.

Un clic.

Por un instante, todo pareció congelarse.

Y entonces, el mundo explotó.

El crucero Dominio flotaba sobre Tau Ceti IV como un leviatán metálico, su inmensidad proyectando sombras que oscurecían el ya turbulento planeta. Desde la bahía de despliegue, Nolan Ryen podía ver cómo las naves menores se alineaban para descender, sus movimientos milimétricamente calculados en un ballet mecánico. Las luces de los drones zumbaban a su alrededor, escaneando cada nave y cada soldado con precisión clínica. Todo parecía funcionar como una maquinaria perfectamente engrasada... hasta que uno miraba los rostros bajo esos cascos.

Dentro del hangar, el aire tenía un peso metálico, cargado con el olor acre del ozono y el sudor reprimido de decenas de soldados. Era un espacio vivo, lleno del eco constante de botas, motores y susurros tensos. Nolan ajustó el cierre de su armadura mientras observaba a sus compañeros; nadie hablaba demasiado. El silencio no era solo una pausa, era una presencia, una bruma invisible que se adhería a la piel.

—Omnis, la temperatura —susurró Nolan.

En la esquina izquierda de su pantalla apareció un pequeño listado.

TE (Temperatura Externa en Kelvin) = 350K

THA (Temperatura de Hábitat Ajustada en Kelvin)
= 295 K (22 °C)

CF (Coeficiente de Falla de la cúpula) = 0.9

EH (Escala Hynar) = 82.9°H

Roger, su mentor, diría que eran óptimas temperaturas para la guerra. “¿Y mi padre?” Se cuestionó Nolan antes de negar la cabeza para sí mismo. La imagen llegó igual: su padre de espaldas, mirando el cielo de un planeta que ya no existía para ninguno de los dos. Mejor no pensar en eso.

A unos pasos, un joven soldado delgado luchaba con las correas de su equipo. El casco parecía demasiado grande para su cabeza rubia, y sus manos temblaban al ajustar el cierre de su cuello. Nolan lo reconoció:

—¿Siempre tardas tanto, Harlan? —preguntó, su voz amortiguada por el casco pero cargada de calma.

Harlan levantó la vista, ofreciendo una risa nerviosa que no llegaba a sus ojos.

—Creo que mi casco tiene un problema. Se siente... raro.

Nolan lo miró en silencio por un momento antes de dar un paso hacia él. Con movimientos rápidos y precisos, ajustó las correas del casco y le dio una palmada en el hombro.

—Ahí lo tienes. Ahora concéntrate —dijo con una leve inclinación de cabeza—. Ahí abajo solo te tienes a ti mismo.

Harlan asintió, pero sus ojos se desviaron hacia la nave de descenso. Por un instante, pareció querer decir algo más, pero el silencio volvió a ganar.

La voz del sargento Kehr irrumpió como un trueno.

—¡Formación! Aseguren sus equipos y revisen sus armas. Despegamos en cinco. Recuerden: esto es ataque de campo. Ellos son el enemigo, quieren matar a sus ma-

dres, sus hijos, y sus seres queridos. Si dudan un segundo en matarlos, los muertos van a ser ustedes, ¿quedó claro?

—¡Señor, sí, Señor!

El sargento asintió con la cabeza.

—Si hay señales del delegado planetario Vek, notificarlo inmediatamente para recibir refuerzos —Infló el pecho antes de decir—. Preservar la unidad, ante todo.

—Preservar la unidad, ante todo —respondieron los soldados al unísono.

Kehr, un veterano marcado por tantas campañas como cicatrices en su rostro, tenía una presencia que llenaba la sala. Cuando sus ojos se posaron en Harlan, el ceño fruncido fue suficiente para hacer que el joven se enderezara.

—Soldado, si esas manos no dejan de temblar para la próxima vez que las vea, vas a ser el primero en volver como un cadáver. Y créeme, yo no pienso ser el que se esfuerce en llevarte de vuelta.

El grupo avanzó hacia la nave de descenso. El interior era estrecho, iluminado por un resplandor blanco que resaltaba cada grieta y cada imperfección del metal. Nolan tomó asiento junto a Harlan, observando cómo el pie del joven golpeaba el suelo en un ritmo nervioso.

—¿Sabes algo de qué está pasando en Tau Ceti IV? —preguntó Harlan, su voz apenas un murmullo bajo el zumbido de los motores.

—Un nido de separatistas impactó un golpe, nada más, nada menos —respondió Nolan sin apartar la vista de su rifle.

Harlan dejó escapar una risa breve, pero sin humor.

—Dicen que en algunos continentes de Tau Ceti IV los cielos son tan rojos que parecen arder. Suena al infierno.

Nolan no respondió. Harlan siguió hablando:

—¿Y qué eras? Antes de esto...

—Era soldado. Rango Cabo. Cuando pasó todo esto...

Digamos que las cosas se aceleraron un poco. Era necesario.

—No pareces tan joven de todas formas...¿treinta?

Nolan chistó.

—Veintisiete.

—Ya veo...Yo era supervisor logístico de armamentística en el espaciopuerto de Klynos. No era el mejor trabajo, pero bueno...

Nolan no dijo nada.

—Es mi primera vez en una misión.

Nolan asintió.

—Lo supuse.

Harlan rió por un instante, antes de ponerse totalmente serio.

—¿Es tan terrible como me imagino?

Nolan se encogió de hombros.

—No se como te lo imagines, pero es peor, te lo aseguro—Harlan trago saliva—De todas formas no te preocupes, vas a estar bien. Solo recuerda algo: no eres Rodrick Viulk, tienes limitaciones, respetalas si quieres vivir.

Harlan asintió.

—Y tú...¿Cuántos combates viviste?

Nolan pensó un segundo. El zumbido metálico interrumpía su concentración.

—Nueve, diez con este.

—¡No parece tanto!

Nolan negó con la cabeza y se ajustó el casco.

—Disiento, soldado, disiento.

Harlan pareció dudar entre decir algo más o quedarse callado. Nolan optó por lo segundo.

El piloto interrumpió cualquier conversación con un anuncio claro y frío.

—Atención, soldados. Despliegue en diez minutos. Ajusten sus trajes y prepárense.

El aire en la cabina pareció volverse más denso. Los

soldados dejaron de hablar. Nolan cerró los ojos por un momento, intentando sincronizar su respiración con el zumbido de los motores. Pero el miedo no era algo que pudiera silenciar tan fácilmente. Nolan observó a los soldados en silencio.

La lanzadera rugía mientras se adentraba en la atmósfera turbulenta de Tau Ceti IV, vibrando como si estuviera a punto de desmoronarse. Nolan Ryen estaba sujeto firmemente a su asiento, el arnés apretando su pecho con cada sacudida. Miró por la ventana estrecha junto a su hombro y vio el cielo teñido de rojo, cruzado por nubes densas que parecían heridas abiertas. Las luces de las otras lanzaderas brillaban en la distancia, formando una flota que descendía con una precisión coreografiada.

El canal de comunicación estaba lleno de voces: comandos, reportes de estado y el ruido constante de sistemas ajustándose automáticamente para mantener la formación. Cada sonido parecía cargar el aire de la cabina con electricidad estática. Nolan observó a Harlan, sentado frente a él, apretando su rifle como si fuera un ancla. Su casco ocultaba su expresión, pero el temblor en sus manos era evidente.

Cielos rojos y aire denso —murmuró Harlan a través del canal interno, con un intento fallido de ligereza—. Realmente es el infierno.

Nolan se mantuvo en silencio. Sus ojos seguían pegados a las otras lanzaderas. Podía ver cómo sus cascos metálicos cortaban la atmósfera, rodeadas de estelas brillantes que ardían como meteoros. A pesar de la formación ordenada, había algo inquietante en el descenso. Algo no encajaba.

Desde su posición, podía distinguir los detalles de los cruceros en órbita. Las torretas del Dominio y otros bu-

ques de apoyo disparaban constantemente hacia las áreas periféricas, una lluvia de energía que iluminaba el vacío con destellos intermitentes. Sin embargo, las líneas de defensa parecían sobrecargadas, como si los proyectiles que enfrentaban fueran infinitos.

El piloto de la lanzadera rompió el silencio.

—Entrando en zona caliente. Prepárense para turbulencias adicionales y posibles maniobras evasivas.

El término “zona caliente” hizo que Nolan se enderezara en su asiento. La frase no era inusual en un despliegue militar, pero notó algo en la voz del piloto que lo puso en alerta. Las luces internas de la cabina cambiaron de blanco a rojo, una advertencia visual de que estaban entrando en un espacio hostil.

El casco de Nolan vibró con una nueva transmisión. Era la voz del sargento Kehr, clara y firme:

—Soldados, esto no es un simulacro. Cuando toquemos tierra, quiero que cada uno de ustedes actúe como si su vida dependiera de ello, porque lo hace. Mantengan la formación. Cubran sus sectores. No se aparten de las órdenes.

La cabina se llenó de un estruendo y una vibración ensordecedores cuando la lanzadera atravesó una corriente de viento particularmente fuerte. Nolan miró hacia afuera nuevamente. Las lanzaderas que descendían a su lado parecían bailar entre las turbulencias, algunas balanceándose de manera tan violenta que se preguntó si podrían mantenerse en una sola pieza.

Entonces, vio el primer impacto.

Una de las lanzaderas en la periferia de la formación explotó en un destello de luz cegadora. La onda expansiva de un exuberante color violeta hizo que las naves cercanas se sacudieran, y los gritos llenaron el canal de comunicación. Fragmentos del fuselaje estallaron en todas direcciones, reflejando la luz del sol de forma fugaz antes

de desintegrarse en la atmósfera.

—¡Proyectiles entrantes! —gritó alguien en el canal general.

Nolan giró la cabeza hacia la dirección de la amenaza. Desde las sombras de la superficie del planeta, se elevaban líneas oscuras, cohetes que ascendían con precisión mortal hacia la formación de lanzaderas. La artillería antiaérea del Gobierno Universal respondió de inmediato desde las naves en órbita, disparando ráfagas de energía para interceptar los proyectiles, pero no era suficiente. Otro impacto sacudió la formación, y una segunda lanzadera cayó en llamas, girando fuera de control antes de desintegrarse.

La voz del piloto resonó nuevamente, esta vez más alta, casi gritando.

—¡Maniobras evasivas! ¡Ajusten las trayectorias, mantengan el descenso controlado!

La lanzadera de Nolan se inclinó bruscamente hacia la derecha, y los soldados en la cabina se aferraron a sus asientos mientras los cinturones se tensaban. Por la ventana, Nolan vio cómo las lanzaderas que antes estaban perfectamente alineadas ahora se dispersaban en todas direcciones, intentando evitar los misiles que seguían ascendiendo desde la superficie.

Un proyectil pasó peligrosamente cerca de la lanzadera, tan cerca que el sonido del aire cortado resonó en la cabina. Nolan sintió el calor a través de su visor mientras el misil impactaba en otra nave más adelante, convirtiéndola en una bola de fuego que iluminó brevemente el cielo.

—¡Mina electromagnética en curso! —gritó alguien en el canal.

Un destello azul cruzó la atmósfera y estalló en medio de la formación. No era una explosión convencional, sino un pulso brillante que desactivó las luces y los sistemas electrónicos de varias lanzaderas al instante. Los

motores se apagaron, y las naves afectadas comenzaron a caer en caída libre, arrastrando consigo una estela de humo negro.

La lanzadera de Nolan se sacudió violentamente, pero los sistemas volvieron a la vida justo a tiempo para estabilizarla. A través del visor, Nolan vio cómo una de las naves que caía golpeaba otra lanzadera en su descenso descontrolado, y ambas estallaron en una nube de escombros.

—¡Atención! ¡Iniciando protocolo de descenso de emergencia! —anunció el piloto, luchando por mantener la nave en control.

La lanzadera cayó rápidamente hacia la superficie, sus motores rugiendo al máximo para frenar el impacto. Nolan apenas pudo respirar mientras la fuerza del descenso comprimía su pecho contra el asiento. Las sombras de las ruinas de Tau Ceti IV crecían a medida que la lanzadera se acercaba al suelo.

Nolan Ryen abrió los ojos, deslumbrado por las chispas que saltaban de los paneles dañados dentro de la lanzadera. Su respiración era pesada, cada inhalación una lucha contra el aire cargado de humo y ozono. Un dolor sordo latía en su costado, y al mover el brazo, un destello agudo le recordó que la sangre manchaba su uniforme. Giró la cabeza lentamente. Harlan estaba a su lado, encorvado en su asiento con una mano presionada contra el abdomen.

—¿Estás... estás bien? —preguntó Harlan, con la voz ronca y entrecortada, mientras intentaba aflojar el arnés que lo mantenía sujeto.

Nolan asintió débilmente, aunque sabía que “bien” no era la palabra correcta. Sus manos buscaron a tientas el cierre de su propio arnés y lo liberaron con un chasquido. El dolor en su cuerpo era constante, pero superficial; nada estaba roto, al menos no físicamente.

—Tuve mejores días —respondió, su voz áspera por

el humo.

Se levantó con esfuerzo, tambaleándose ligeramente mientras ayudaba a Harlan a liberarse. Al hacerlo, notó que la armadura del joven estaba agrietada, y que un hilo de sangre oscura corría por su costado sin restricción. Harlan dejó escapar un gemido ahogado al moverse.

—Vamos, hay que moverse —dijo Nolan, colocando el brazo de Harlan sobre su hombro para ayudarlo a ponerse de pie.

La compuerta de la lanzadera estaba deformada, forzándolos a salir a través de un hueco que apenas les permitía pasar. El calor del exterior golpeó a Nolan como una pared. A su alrededor, el caos reinaba bajo un cielo rojo que parecía reflejar la violencia que se desarrollaba en la superficie. Naves caían como estrellas fugaces, dejando rastros de humo y fuego antes de estrellarse contra el suelo. Los rugidos de las explosiones competían con los gritos de los soldados y el silbido de los proyectiles.

La tierra era un mosaico de cráteres y escombros. Los horrendos brazos y piernas chamuscadas ya no eran parte de los cuerpos, eran unidades sueltas como las piezas retorcidas de metal. Nolan escaneó rápidamente el área con los ojos. Vio otras lanzaderas estrelladas, algunas en llamas, otras envueltas en nubes de humo. Aquí y allá, pequeños grupos de soldados intentaban reagruparse, disparando desesperadamente hacia las sombras.

—Esto es... un infierno —susurró Harlan, su voz quebrada mientras trataba de mantenerse en pie con la ayuda de Nolan.

—No te distraigas. Tenemos que movernos —respondió Nolan, apretando los dientes mientras avanzaban con pasos cautelosos hacia la cobertura de un muro derrumbado cercano.

El sonido de disparos resonó a su alrededor, y No-

lan se agachó instintivamente, arrastrando a Harlan con él. Desde las ruinas, sombras con forma de cucarachas negras se movían con rapidez y precisión, apareciendo y desapareciendo como espectros entre los escombros. Separatistas. Llevaban las clásicas armaduras rojas, cómodas al movimiento, pero frágiles en la defensa. En sus manos, rifles de energía. Sus disparos eran metódicos y planificados. A Nolan le pareció atípico.

Nolan asomó la cabeza desde detrás del muro, observando la carnicería. Vio a un grupo de sus compañeros intentando avanzar hacia una lanzadera intacta, pero una ráfaga de fuego enemigo los cortó en seco. Uno cayó de rodillas, su rifle aún levantado explotó un par de veces antes de que se desplomase por completo.

—¡Tenemos que ayudar! —exclamó Harlan, intentando levantarse.

Nolan lo sostuvo firmemente por el brazo, obligándolo a quedarse bajo cobertura.

—No podemos hacer nada por ellos ahora. Tenemos que encontrar una manera de salir de aquí —dijo, su voz endurecida por la realidad.

Desde su posición, Nolan podía ver el terreno más allá de las líneas enemigas: un laberinto de ruinas y humo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. No había rutas claras de escape, y los separatistas parecían estar en todas partes. Pero quedarse en su posición era una sentencia de muerte.

—Vamos a movernos hacia el flanco izquierdo —dijo Nolan, señalando un pasaje entre los escombros donde la cobertura era más densa.

Harlan asintió débilmente, su rostro pálido por la pérdida de sangre. Ambos se pusieron en movimiento, manteniéndose agachados mientras se deslizaban entre los restos de la batalla. Los sonidos de los disparos y las

explosiones eran ensordecedores, y el calor abrasador parecía robarles el aliento con cada paso.

Un proyectil golpeó cerca, enviando una lluvia de tierra y metal sobre ellos. Nolan cayó al suelo, protegiendo a Harlan mientras los fragmentos silbaban a su alrededor. Cuando levantó la vista, vio a más separatistas acercándose, sus siluetas recortadas contra el fuego que consumía lo que quedaba de una lanzadera cercana.

—¡Al suelo! —gritó Nolan, empujando a Harlan detrás de un bloque de concreto mientras levantaba su rifle.

Los separatistas comenzaron a disparar, sus ráfagas de energía golpeando la cobertura con fuerza brutal. Nolan respondió con disparos precisos, pero las sombras que se movían rápidamente eran difíciles de alcanzar. Una ráfaga alcanzó el borde del muro, enviando pedazos de concreto volando.

—No podemos aguantar mucho más —dijo Harlan, su voz apenas un susurro.

Nolan no respondió. Sus ojos estaban fijos en el horizonte, donde más separatistas se reunían, formando un semicírculo que lentamente se cerraba alrededor de ellos. No había salida. Su rifle se calentaba en sus manos, y cada disparo parecía menos efectivo que el anterior.

—Nolan... —murmuró Harlan, su voz teñida de miedo y resignación—. No puedo seguir.

Nolan se giró hacia él y vio el brillo opaco en sus ojos. Su abdomen y sus piernas estaban teñidos por el rojo, formando charcos oscuros en el suelo. Harlan respiraba con dificultad, por cada inhalación hacía un esfuerzo titánico.

—Sí puedes. Mírame, Harlan —dijo Nolan, con una intensidad que casi rozaba la furia—. Vamos a salir de esta. No voy a dejarte aquí.

Harlan intentó sonreír, pero el dolor lo venció. Sus manos temblaron mientras trataba de levantar su rifle,

pero apenas logró sostenerlo. Nolan se inclinó hacia él, colocando una mano en su hombro. Antes de que pudiera decir algo más, un separatista surgió de entre los escombros, su rifle apuntando directamente hacia ellos. Nolan reaccionó por instinto, disparando una ráfaga que derribó al enemigo antes de que pudiera disparar. El cuerpo cayó pesadamente, su arma resbalando de sus manos.

El círculo se cerraba. Más separatistas aparecían, moviéndose con calma letal. Nolan supo que el combate había terminado, al menos para ellos. Levantó las manos lentamente, dejando caer su rifle al suelo con un ruido sordo.

—Harlan, no hables. Mantente vivo —susurró mientras los enemigos se acercaban.

ACTO I

Capítulo 0

El templo no tenía entrada ni salida. O al menos, no en el sentido en que los profanos entendían el concepto de movimiento. No había puertas, solo un descenso tallado en piedra negra que parecía haber sido erosionada no por el tiempo, sino por algo más antiguo, algo inevitable. Una espiral descendente, una herida en la roca viva que llevaba hasta el corazón mismo de la Orden Orfeana.

Descendía con los otros trece miembros. No caminaban: seguían la estela invisible de sus propios pasos, el reflejo eterno de cada ciclo antes de este. Cada vez que bajaban, los esperaba la misma sala circular. Un lugar que nunca había sido construido, sino descubierto; un espacio que existía al margen de la arquitectura humana, incrustado en la lógica misma del tiempo.

La bóveda de piedra negra se alzaba sobre sus cabezas como una cúpula de sombras vivas, latiendo suavemente con cada respiración del universo. No había luces artificiales, ni pantallas, ni proyectores. Solo la tenue radiación azulada de las inscripciones grabadas en las paredes. Textos que únicamente ellos podían leer. Palabras que

ardían con la fuerza tranquila de tiempos superpuestos.

En el centro de la cámara, el agua reflejaba la eternidad en un cuenco antiguo de bronce pulido. Un espejo líquido en el que el tiempo mismo se retorció sobre sí mismo, vibrando con visiones de futuros y pasados entrelazados.

El incienso ardía en los braseros de cobre, elevándose en espirales espesas que se entrelazaban en la penumbra. Era un humo denso, casi tangible, impregnado del aroma de hierbas rituales que adormecían la mente consciente y despertaban percepciones más profundas. En la penumbra, las sombras de los miembros se proyectaban sobre las paredes grabadas con símbolos antiguos, tan antiguos que pertenecían a civilizaciones extintas hace eones. No eran simples inscripciones: eran fragmentos vivos de la historia misma, codificados en piedra.

Ya se habían reunido antes.

Ya se reunirían después.

Se estaban reuniendo ahora.

La sala era perfectamente circular, sin ángulos que rompieran el flujo constante del tiempo. Arktrup estaba en el centro, la cabeza inclinada sobre el cuenco de bronce que sostenía el reflejo siempre cambiante del destino. El líder de la orden no miraba a ninguno de ellos, sino al agua oscura donde el futuro palpitaba en patrones incomprensibles, naciendo y muriendo en ciclos infinitos.

Alzó una mano, y el murmullo cesó.

—El ciclo se acerca a su punto de quiebre —dijo con voz solemne, no comunicando su propia voluntad, sino la de algo más vasto, más absoluto—. Se ha repetido tantas veces que ya no intentará resistirse.

Un estremecimiento recorrió la sala.

El tiempo había tomado su decisión.

Rheda entendía perfectamente lo que significaba. Había visto cómo la línea temporal alcanzaba su fractura, y

ahora estaban transitando directamente sobre ella. No había retorno. No había desvíos.

—Cada momento es un eco de sí mismo —continuó Arktrup, con voz profunda, resonante—. Lo que ha sido, será. Lo que será, ya ha sido.

Rheda inclinó la cabeza en señal de aceptación, sintiendo cómo sus pensamientos se dispersaban entre la realidad inmediata y visiones que llegaban sin haber sido convocadas.

Él estaba allí, en la penumbra.

Sentado contra la pared, con la cabeza inclinada, como un hombre que no busca comprender sino soportar el peso del destino.

Soro.

Su pecho se llenó con una devoción que ardía como fuego sagrado.

Él era el elegido, y aún no podía entenderlo. No podía entenderlo, no todavía.

Rheda lo había visto antes. Lo había visto después.

Su mano tembló ligeramente, y al bajarla sintió la calidez pegajosa de la sangre entre sus dedos.

No.

No ahora.

O quizás sí.

Todo estaba ocurriendo a la vez.

El ritual continuaba. Todos los demás seguían, pero Rheda estaba dividido. Cada parte de sí habitaba un punto diferente del ciclo.

Miró brevemente hacia las paredes, hacia esos símbolos antiguos que contenían historias no contadas. ¿Cuántas veces habían estado allí? ¿Cuántas veces más deberían repetirlo?

Arktrup levantó el cuenco de bronce, y el reflejo en su superficie pareció torcerse, deformándose en imágenes im-

posibles, mostrando cosas que no debían existir en el agua.

Rheda vio la caída.

Vio el renacer.

Vio la sangre escurriendo lentamente entre las grietas de la piedra.

Vio el instante eterno en que todo se detenía.

Respiró hondo, intentando concentrarse en el presente. Pero ¿qué era el presente sino un eco resonando en el vacío de algo que ya había ocurrido?

No. Ya había estado allí antes. Ya había pronunciado esas mismas plegarias. Ya había sentido el frío persistente en la espalda y la presión insoportable en el pecho. Pero también estaba antes del ritual. Y después de él.

Sintió su piel hormiguear, como si estuviera a punto de desmoronarse en fragmentos dispersos de tiempo.

Arktrup dejó caer una sola gota de agua sobre la piedra pulida, y el sonido resonó en la cabeza de Rheda como un trueno lejano.

Los otros miembros de la orden alzaron las manos, repitiendo la plegaria en la lengua de los antiguos, en un idioma que no pertenecía a un solo tiempo, sino a todos ellos.

Rheda movió los labios lentamente, sin saber si estaba rezando o repitiendo palabras ya dichas en incontables ciclos anteriores.

Miró a su izquierda. La sala estaba vacía.

No. No era ahora.

Parpadeó con fuerza.

Los trece miembros de la orden estaban de pie, manos elevadas, invocando lo inevitable.

Cerró los ojos, esperando que el tiempo volviera a alinearse. Cuando los abrió nuevamente, Soro seguía allí, silencioso y ajeno a la trascendencia de ese instante.

Arktrup lo observaba ahora directamente, su mirada hundiéndose en la de Rheda. Él también lo había visto.

Pero no dijo nada.

La plegaria llegó a su fin, y el eco de las voces quedó flotando en la cámara, suspendido en el aire como cenizas leves.

El ciclo continuaba.

Un último pensamiento golpeó a Rheda con la fuerza de una revelación dolorosa: ¿y si ese instante no era más que un recuerdo anticipado, algo que todavía no había ocurrido pero que ya estaba definido? ¿Qué diferencia había entre recordar y prever, cuando el tiempo no era más que una rueda girando sin fin?

La respuesta flotó en su mente como humo de incienso: intangible, imposible de atrapar.

Volvió a observar a Soro. Él seguía sentado en silencio, ausente, ajeno a su destino inevitable.

Rheda se preguntó si, en algún momento, él también comprendería lo que ellos ya sabían. O quizás esa era su única defensa: la ignorancia.

La ceremonia terminó. Salieron en silencio, abandonando aquel templo que nunca había sido construido. Y mientras Rheda ascendía lentamente la espiral de piedra negra, supo con una certeza devastadora que pronto volvería a bajar esos mismos escalones.

Una y otra vez.

Porque el templo no tenía entrada ni salida. Solo ciclos infinitos, repitiéndose por toda la eternidad.

Capítulo 1

Los Ciclos de la Guerra: Historia, Política y Destino - Extracto - Saphira Don

Se ha dicho muchas veces que el Gobierno Universal nació de la necesidad, pero pocas veces se señala con claridad la astucia con la que transformó esa necesidad en fe.

Los primeros líderes de su historia comprendieron una verdad incómoda: ninguna constitución resiste la erosión de los siglos si no se sostiene en algo más fuerte que la razón. La palabra “pueblo” podía unir durante una crisis, pero ¿qué ocurriría cuando la crisis pasara? ¿Cómo mantener la obediencia cuando las promesas de prosperidad no se cumplen?

La respuesta fue la sacralización del poder. El Delegado Primero dejó de ser un administrador y se convirtió en el eje de un relato casi litúrgico: superpoderoso e incuestionable, designado por la gente y por el destino. Por su parte, el supremo vocero del gobierno se convirtió en su paralelo en cuestiones de fe. El G.U no era solo una nación, sino que era una voluntad esotérica.

Se habla mucho de cómo el Gobierno Universal garantizó la unidad de mundos distantes. Se habla menos de

cómo, al hacerlo, convirtió la política en una misa perpetua. Lo curioso es que, en esa liturgia, la fe reemplazó a la memoria. Y cuando una sociedad olvida de dónde viene, todo lo que queda es obedecer al altar más cercano.

Quizá por eso, cada aniversario no es una conmemoración del pasado, sino un eco ritual del mismo relato, repitiéndose hasta que nadie recuerde qué fue inventado y qué fue real.

50 | Lin caminaba con paso medido sobre el suelo reluciente de Klynos. No era metálico ni de cristal, sino una superficie orgánica que palpitaba con una vibración sutil, como si la ciudad respirara al compás de alguna conciencia escondida. Con todas las imágenes recientes de Tau Ceti IV aún frescas en su memoria, polvo, trincheras, ciudades deshechas, lo aliviaba saber que Klynos seguía siendo Klynos: intacta, cultivada hasta en su decadencia.

Los edificios no crecían hacia el cielo con ángulos rectos sino que fluían en curvas suaves, tejidos en hilos iridiscentes que respondían a cada variación del clima artificial. Para Lin, esa ausencia de rectas no era casual: impedía perspectivas largas, como si la ciudad misma se asegurara de que nadie pudiera ver demasiado lejos. El viento, producido por sistemas ocultos, arrastraba perfumes de vegetación alienígena y el zumbido casi melódico de los drones de vigilancia. Cada vibración en las paredes era un pulso de control, un recordatorio de que Klynos respiraba y observaba.

En una curva del corredor principal, un cartel caído titilaba entre sombras: eslóganes políticos, anuncios oficiales y rabia mal contenida. Para cualquiera era basura.

Para Lin, era una grieta. La última manifestación no había dejado muertos, pero sí una fractura visible en el relato de perfección. Más adelante lo notó en una fachada entera: la superficie iridiscente parecía nueva, demasiado pulida, un parche reciente sobre un edificio dañado durante el último ataque. La reconstrucción era impecable en apariencia. Maquillaje, nada más.

Un pequeño grupo permanecía aún en las calles sinuosas, entre arbustos que reaccionaban al paso humano cambiando de tonalidad. Una mujer alzó la voz desde uno de esos rincones vivos, su rostro brevemente iluminado por una enredadera fosforescente:

—¡La gente de Tau Ceti no es un sacrificio!

La ciudad, diseñada para absorber la disonancia, tragó sus palabras con eficiencia. Ningún eco. Ninguna réplica.

Lin no giró la cabeza. Sabía que en ese lugar bastaba un gesto para incendiar una conversación galáctica.

Al llegar a la Torre Central bajó la vista. Un cartel arrugado, escrito en tinta reactiva, todavía brillaba con una frase que se negaba a desvanecerse:

¿Cuántos más, Santiago?

Lo ignoró.

Al cruzar las grandes puertas, la complejidad orgánica del exterior quedó atrás. Dentro lo esperaba el corazón del sistema: paredes de cuarzo pulido que reflejaban su figura como en un espejo líquido, luces suaves pero frías que surgían del suelo y se apagaban a medida que él avanzaba.

Al fondo, el ascensor esperaba. Un cilindro de cristal perfectamente transparente que ascendía con una suavidad casi orgánica.

Al cerrarse la puerta, el exterior se borró por completo. El silencio era tan puro que casi podía escuchar su propia respiración. A medida que ascendía, la ciudad revelaba su verdadera forma: desde las alturas, Klynos

parecía un organismo vivo, cuya piel eran esos hilos iridiscentes, esos canales vibrantes de información.

Al salir del ascensor y atravesar el largo corredor, Lin percibió que el aroma artificial del lugar era más intenso: ozono limpio, un perfume clínico diseñado por Omnis para sugerir orden y control. Las pantallas holográficas flotaban a su lado mostrando cifras exactas del conflicto, estadísticas frías que borraban cualquier referencia humana a los muertos y heridos.

Ajustó brevemente el cuello de su abrigo antes de cruzar la última puerta.

Cuando llegó a la sala de reuniones, esperaba encontrarla vacía, pero la voz grave y cortante de Loran Vek llenaba el espacio. Se detuvo en la entrada, evaluando la situación antes de entrar por completo.

Vek, un hombre de complexión fuerte y porte marcial, tenía el ceño fruncido y los puños apoyados sobre la mesa, inclinándose hacia Robert Santiago, quien se mantenía sentado con una expresión serena, incluso divertida.

Santiago vestía un traje de líneas severas, hecho de tela inteligente que no mostraba una sola arruga. Era de un negro profundo, casi mineral, con bordes internos de un gris metálico apenas visible. En la solapa, un pequeño broche dorado, una estrella de cinco puntas curvada hacia dentro, destellaba con luz propia, emblema antiguo del Senado de varias generaciones atrás.

Lin no escuchaba solo las palabras. Reparó en los nudillos blancos de Vek, apretados contra la mesa; en el ritmo de su respiración, más rápida de lo que la situación requería. Su ropa tenía un dejo de polvo en las hombreras y los pliegues del pantalón: dos usos seguidos sin lavarlo. Vek había corrido a esta reunión. Santiago, en cambio, inclinaba apenas la pierna derecha hacia atrás, un gesto de dominio calculado, propio de quien no necesita ocupar el

centro para tener el control.

—No me estás entendiendo, Robert —dijo Vek, su tono contenido pero cargado de frustración—. Mi planeta se está cayendo y la gente lo sabe. Lo que necesito no es otra operación ofensiva en los sistemas exteriores, sino más apoyo armamentístico en Tau Ceti IV. Refuerzos, suministros, algo.

Santiago giró apenas la cabeza, observándolo con una ceja ligeramente arqueada.

—Loran, Loran... —dijo con la cadencia pausada—. ¿Desde cuándo empezaste a pensar en singular? Mi planeta, mis problemas... Siempre te consideré un hombre de perspectiva más amplia.

Vek endureció la mirada. Su barba crecía hacia abajo a la altura de la mandíbula y su cabello castaño largo no estaba prolijo como de costumbre.

—No es una cuestión de perspectiva, Robert. Si la estabilidad interna de mi planeta se derrumba, no queda nada para mí. Y lo sabes mejor que nadie: si perdemos Tau Ceti, perdemos la guerra.

Santiago asintió lentamente, inclinándose hacia adelante con los codos sobre la mesa.

—Déjame ver si entiendo bien —dijo, arrastrando las palabras—. Estás diciéndome que, a pesar de todo lo que construimos, de todo lo que estamos a punto de consolidar, estás evaluando votar en contra de la Operación Bastión porque tu planeta tiene dificultades. Esa no es la actitud que espero, Loran. Estoy francamente decepcionado.

Vek no retrocedió.

—No me lo estoy planteando. Lo estoy evaluando seriamente.

Santiago soltó una pequeña risa, baja, casi como si la idea le resultara encantadora. Se reclinó en su silla.

—¿Y crees que si te alejas de nosotros, algún partido te va

a recibir? Si pierdes tu planeta pierdes poder. Piénsalo bien.

Loran Vek abrió la boca, pero se tomó unos segundos. Robert continuó:

—Siempre admiré tu franqueza. Es refrescante en estos pasillos. Pero seamos honestos: si realmente estuvieras convencido de votar en contra, no estaríamos teniendo esta conversación. Estás aquí porque quieres negociar. ¿Qué quieres?

Vek notó a Lin. Bufó antes de negar con la cabeza.

—Encontremos una solución, Robert, por favor.

—Por supuesto. Confía en mí —dijo Robert con tono paternal, levantándose del asiento—. Hablemos mañana con la mente más fresca, ¿te parece?

Loran dudó un instante, pero terminó concediendo. Se llevó el puño al pecho.

—Viva la unión.

Robert Santiago alzó su palma abierta al pecho.

—Viva la unión.

Vek asintió y se marchó sin emitir otra palabra.

Lin se mantuvo pegado a la puerta. Santiago no le dio la bienvenida. Se dirigió al ventanal con las manos detrás de la espalda, contemplando las luces de la ciudad.

—Delegado Primero —lo llamó Lin—. ¿Tiene problemas con el representante Vek?

Cerró la puerta tras de sí. Santiago no respondió de inmediato. Cuando habló, su voz era baja pero firme.

—Esta guerra saca lo peor de algunas personas. ¿Estás de acuerdo, Lin?

Lin dudó un instante.

—Con el mayor de los respetos, Delegado Primero, no se me ocurre cómo la guerra podría sacar algo que no fuera lo peor.

Santiago esbozó una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Te sorprenderías. La guerra es solo otra jugada.

Se giró hacia su asistente con la misma intensidad con la que enfrentaba al Consejo o a las multitudes.

Lin notó algo en su mirada. Un dejo oscuro en la bolsa de los ojos que el maquillaje no terminaba de cubrir.

Le tendió el datapad. Santiago lo hojeó con la calma de quien ya conoce el contenido.

—La protesta en la plaza ha crecido. Hay disturbios menores en los sectores periféricos y un creciente fervor por la ideología separatista. —Lin hizo una pausa—. Solvyn sigue ganando terreno en el Consejo, y Varok parece inclinado a escucharla.

Santiago dejó el datapad sobre el escritorio con cuidado.

—Solvyn nunca va a renunciar a la idea de la tregua. Una de esas ideas nobles que suenan bien en los discursos pero que no sobreviven al contacto con la realidad. —Cruzó los brazos—. ¿Quieres un trago, Lin?

Omnis reaccionó de inmediato. El bar generó un vino con mezclas de celeria. Era el favorito de Santiago.

—No, gracias.

Robert sonrió. Siempre lo mismo: Lin se negaba, y eso le daba a Santiago la excusa para servirse él solo. Se llevó el vaso a los labios y lo saboreó. Luego preguntó:

—Dime, Lin. ¿Tú qué harías?

No era una pregunta real. Era una prueba.

—Dialogar, negociar, intentarlo por todos los medios posibles.

Santiago sonrió. Lin percibió algo más cercano al desprecio que a la aprobación.

—Siempre tan idealista.

Lin dio un paso adelante.

—Señor, con el mayor de los respetos, no podemos perder Tau Ceti IV.

—Y no lo vamos a perder.

Caminó hacia el escritorio. Sus dedos se movieron

sobre la pantalla, ajustando gráficos y cifras.

—Pero en el interín, la política sigue su teatro y Tau Ceti se convierte en un matadero. Muere gente todos los días, pero nada de eso importa. Solo importa ser civilizados, empatizar con el otro, construir puentes. Vaya hipocresía.

—Perdimos más hombres de los que estimábamos —admitió Lin—. Y aún no sabemos el alcance total de los daños en la red de comunicaciones.

—¿Y Omnis?

—Nada indica que sepan dónde se halla el Nodo Principal.

Robert Santiago se sirvió otro trago.

—Eso es crucial.

Lin miró por la ventana. Klynos era enorme, pero no podía compararse con Tau Ceti. Nunca había estado allí, aunque lo había visitado en videos de realidad aumentada. Un planeta inmenso, con múltiples ecosistemas. Esperaba poder conocerlo algún día.

—Tenemos tiempo para pensar, señor. Esta guerra parece destinada a durar años, tal vez décadas.

—Por ahora. —Santiago enfatizó con frialdad—. Pero cada día que Tau Ceti siga en disputa es una invitación abierta para que las ratas en la Asamblea pidan negociaciones. Y si hay algo que no voy a tolerar es una paz mediocre donde cedamos nuestras ventajas. El Gobierno Universal es el pastor, no la oveja.

Hizo una pausa. Se llevó dos dedos a la sien y sonrió.

—Odio admitirlo, pero tener a la araña negra ahora sería un alivio.

Lin levantó una ceja.

—Señor, siempre se quejó de que Rodrick Viulk era una carga.

—Y lo era. Pero su sola figura traía calma. Es algo que yo solo no estoy logrando. Ante la mirada de la gente, un político no gana la guerra. Solo la inicia.

—Si puedo hacer algo al respecto...

—Puedes, Lin. —Lo interrumpió Santiago, girándose hacia él—. Necesito que hagas avanzar el Operativo Bastión con urgencia.

—¿En el Concejo?

—Y en la operativa. —Los ojos de Santiago se iluminaron—. ¿Qué te dijo Anara del proyecto? ¿Está cerca de concluirse?

A Lin se le vino a la mente la mujer rubia. Sintió tensión al instante.

—La ingeniera Hudson no está siendo particularmente articulada conmigo. Sin embargo, por lo que pude hablar con Gornal, el proyecto parece muy avanzado.

Santiago sonrió.

—¿Ese contacto tuyo de Vinnenstein está prestando atención?

Lin sintió el cuello incómodo. Se resistió al impulso de acomodarse.

—Delegado Primero, designé a Gornal por su capacidad, no para recibir información...

Robert Santiago movió la palma de la mano con indiferencia.

—Como sea. Avanza con la construcción. En el Concejo, lo mismo: concentremos las fuerzas en Bastión, el resto es secundario. Quiero que la sesión termine con el operativo aprobado. Consigue los votos donde puedas.

Lin frunció el entrecejo.

—Eso es en dos semanas.

Santiago apretó los labios y sonrió.

—Mejor que te des prisa, entonces.

El silencio se asentó entre ellos. Santiago volvió a mirar por el ventanal, las manos descansando nuevamente detrás de la espalda.

—Asegúrate de que todo esto parezca orgánico. El

caos puede ser tan útil como el orden, siempre que nadie sepa que sus caminos son artificiales.

—Así se hará.

Santiago inclinó la cabeza con un gesto mínimo.

—¿Estás bien, Lin? ¿Estás comiendo? Te noto delgado.

Lin dudó un segundo antes de mentir.

—Sí, señor. Es el Concejo que me tiene corriendo.

Robert Santiago sonrió.

—Y pronto te va a hacer volar.

Luego, como si ya hubiera olvidado la conversación, volvió su atención al horizonte de Klynos.

—¿No es irónico, Lin? Pasamos milenios domando mundos que no querían ser domados, implantando vida en suelos que no eran fértiles. Y ahora esos mundos nos escupen de vuelta en la cara. Separatistas, revueltas, hambre.

Lin asintió, pero Santiago no volvió a mirarlo. Eso era más claro que cualquier mensaje.

Dejó la habitación sin decir una palabra más.

Al salir de la Torre Central, Lin encontró el cielo artificial de Klynos teñido de un leve tono rojo. El cielo simulaba un atardecer vibrante, diseñado para calmar los nervios urbanos tras jornadas políticas extensas. Pero en la plaza inferior los nervios estaban lejos de calmarse.

Dos drones descendían en espiral sobre un grupo disperso de manifestantes que intentaban alejarse sin correr. Un muchacho, no mayor de veinte años, había sido rodeado por un escuadrón con blindajes grises, uniformes sin bandera visible.

Los soldados no gritaban. Actuaban como mecanismos: uno le torció el brazo al joven, otro lo empujó contra una de las estructuras vivas del corredor. La enredadera reaccionó cerrándose. Golpes sistemáticos impactaron en la espalda, en el rostro, en las piernas.

Lin descendió con paso firme.

—Deténganse.

La voz no fue fuerte, pero el tono bastó. Los soldados congelaron el gesto y retrocedieron un paso.

—Lin Shimamoto, asesor del Representante Primero Robert Santiago.

El joven, con sangre en la ceja y una expresión a medio camino entre el miedo y el orgullo, lo miró con rabia contenida.

Lin se arrodilló frente a él. Su abrigo inmaculado contrastaba con la transpiración y el polvo del muchacho.

—¿Cuál es tu nombre?

El joven no respondió.

—No importa. Sabes por qué estás en el suelo, ¿no?

Silencio. Una respiración agitada.

—No por tus ideas —continuó Lin—. El Gobierno Universal tiene lugar para todas las ideas, mientras se expresen donde deben y como deben.

El joven escupió a un costado.

—Esto es represión.

Lin asintió.

—También es pedagogía. Harías bien en aprender de ella.

Se incorporó con suavidad. Le estiró la mano al joven y lo ayudó a ponerse de pie.

—El Gobierno Universal no es perfecto, pero es lo único que tenemos. No quieres descubrir qué tan malas pueden ser las cosas sin él.

Hizo un gesto mínimo al escuadrón.

—Llévenlo. Sin golpes. Que vuelva a su vivienda mañana sano y salvo.

Se llevó el puño al pecho.

—Viva la unión.

Los soldados obedecieron. Lin no volvió a mirarlos.

Mientras se alejaba, la ciudad recomponía su coreo-

grafía de luz y orden: el rojo del cielo tornándose lavanda,
los carteles apagándose como si nada hubiera ocurrido.

Capítulo 2

Versos para un Planeta sin Sombra - Extracto - Timothee Deveriaigne

Dicen que una vez, cuando el primer sol aún dudaba en alzarse, una mujer cruzó los campos de Tau Ceti.

No buscaba nada, solo seguir la línea que separaba la arena del cielo. El viento le hablaba con voces de agua, y en los espejos del suelo veía rostros que no eran suyos.

Caminó hasta donde el aire se dobla, donde la luz se vuelve densa y los pájaros flotan inmóviles. Allí se detuvo. El segundo sol despertaba, y con él, la sombra de su cuerpo desapareció.

Los colonos dicen que, si uno viaja lo bastante lejos, puede hallar sus huellas impresas en la piedra, aún cálidas, como si el planeta las guardara por amor, o por miedo a olvidar.

El interior de la nave de evacuación temblaba con cada

ajuste de los propulsores, un zumbido grave que se filtraba por las paredes de metal ennegrecido como si el casco mismo protestara por estar aún en vuelo. La atmósfera estaba cargada de un silencio denso, de aquellos que sólo nacen tras el caos. Un silencio que se había construido sobre el estruendo de explosiones, órdenes gritadas con la voz rota y los gritos que ningún casco podía amortiguar.

Los soldados estaban dispersos por el compartimento, sucios, heridos, vacíos. Algunos sangraban en silencio, otros no se movían salvo por el temblor reflejo de músculos agotados. Ninguno hablaba. Sólo el zumbido grave de los estabilizadores y el golpeteo rítmico del metal contra el metal les recordaba que seguían vivos.

Reis estaba encorvado contra la pared, con el casco entre las piernas, girándolo lentamente con los dedos. Su pecho subía y bajaba con esfuerzo; la herida en su costado palpitaba con cada respiración, pero apenas la sentía. El dolor físico se desdibujaba tras la conmoción, tras la imagen de la base en ruinas, los cuerpos apilados en el polvo, la certeza de que algunos de los que estaban con él esa misma mañana ya no existían.

El sonido de la metralla seguía resonando en su cabeza. El estruendo de las balas rebotando contra las estructuras metálicas, el zumbido de los drones de asalto antes de lanzar sus ráfagas de plasma, el rugido de un tanque separatista destrozando una barricada como si fuera de papel. Y los gritos.

Había visto a Garlan caer con el pecho abierto por un disparo de metralla. Uno de los proyectiles le había arrancado la mitad del rostro antes de que su cuerpo golpeará el suelo. Verko no gritó, pero su boca se movió, formando palabras que nunca llegaron a ser pronunciadas. Reis lo había mirado por un segundo de más. Un segundo que casi le costó la vida.

Luego estaban los que gritaban de verdad. Los que eran arrastrados, quemados vivos en el fuego de los lanzallamas o alcanzados por los ataques de artillería cuando intentaban huir.

El olor era lo peor. Una mezcla indeleble de plasma quemado, sudor agrio y carne cocinándose al sol de Tau Ceti IV. El ataque había comenzado antes del amanecer local, cuando su escuadrón, jóvenes recién salidos de la instrucción, fue enviado a asegurar un puesto de radar cercano al valle de Kyross. Les dijeron que era una “misión de reconocimiento disuasorio”. Cada día Reis creía más en que simplemente eran la carnada para distraer el combate en el Oeste.

Hacer ruido, molestar y morir, nada más.

Nadie se lo dijo así, pero lo supieron al ver que sus mapas tácticos estaban desactualizados, que los drones de cobertura nunca llegaron, que el escudo perimetral fue desactivado al segundo disparo enemigo. No era incompetencia. Era la intención.

El fuego enemigo había sido quirúrgico. Morteros dirigidos por inteligencia satelital, cañones montados en tanques de cuatro patas que se deslizaban por la arena como insectos gigantes, y drones de rastreo con visión térmica que los acosaban incluso cuando intentaban retirarse bajo el humo. Los separatistas sabían exactamente dónde golpear. Como si ya hubieran estado ahí.

Tau Ceti IV debía ser una operación segura. Así se lo habían prometido un año atrás. Pero lo que encontraron fue un campo de muerte y polvo, bajo una atmósfera que presionaba los pulmones como si respiraran a través de una esponja mojada en óxido.

Cerró los ojos por un instante. Trató de no escuchar los ecos de la batalla. No pudo. Trató de no ver la imagen de los separatistas avanzando con precisión quirúrgica,

como si supieran exactamente dónde golpear. No pudo.

Pensó en casa. Era una imagen borrosa ahora, un recuerdo que se iba desgastando con cada misión, con cada semana que pasaba en este infierno.

Pensó en su madre. En cómo lloró cuando recibió la carta de alistamiento, en cómo intentó sonreírle cuando se subió a la lanzadera de reclutas. “Vas a ser fuerte, mi amor.” Pero la voz le temblaba. Reis recordaba la manera en que lo abrazó en el puerto espacial, como si quisiera retenerlo, como si su cuerpo pudiera interponerse entre él y la guerra. Torpe ilusión, propia de cualquier madre desesperada.

Su padre había sido distinto. Habló poco, se mantuvo firme. Pero sus ojos lo decían todo. No era orgullo. No era esperanza. Era resignación. Como si ya supiera que Reis no iba a volver. Reis ya era un fantasma para él.

Ahora, en la nave, se dio cuenta de que tal vez su padre tenía razón. Nunca había querido estar aquí. Pocos de ellos querían.

Abrió los ojos y miró su casco, todavía entre sus manos. Cuatro años atrás, se imaginaba en la academia de ingenieros espaciales. Quería construir naves, no morir en ellas. Quería viajar a mundos lejanos, no incinerarlos. Pero ahora estaba allí, era combatir o morir.

Los llamaban la Generación del Deber. Los aplaudían en los noticieros, los nombraban en los discursos. Pero pocos de ellos lo habían pedido.

Un crujido de metal lo sacó de sus pensamientos cuando alguien se dejó caer en el asiento frente a él.

Reis levantó la vista con un sobresalto.

Era un veterano mayor, con un rostro marcado por viejas cicatrices. No era uno de ellos. Su unidad había sido evacuada la semana pasada. Decían que venía de Khor Station, donde las pérdidas fueron menores. Ahora observaba a los nuevos sobrevivientes como si fueran

fantasmas ajenos a su propia tragedia.

El hombre observó la cabina, su expresión apenas conteniendo una mezcla de hastío y decepción. Luego, su mirada se fijó en Reis.

—¿Quién está al mando acá?

Reis no contestó de inmediato. Tragó saliva, sintiendo la presión de las miradas de los soldados a su alrededor. Se aclaró la garganta, aunque eso no evitó que su voz saliera demasiado débil.

—Yo, señor.

El oficial lo observó con desconfianza, claramente esperando a alguien mayor. Pero no había nadie más. Eran todos como él: jóvenes, rotos, aterrados.

—¿Tu eres el teniente de estos soldados?

—Sí, señor —respondió Reis, tratando de sonar más firme de lo que se sentía.

—¿Edad, teniente?

—Veinte años, señor.

El hombre exhaló pesadamente y negó con la cabeza.

—Y después se sorprenden cuando perdemos. Esto es increíble...

Reis no contestó. ¿Qué podía decir?

—¿Quién más? —preguntó el veterano con una voz áspera, mirando alrededor—. ¿Quién quedó atrás?

Nadie respondió. Reis sintió que todos esperaban que él dijera algo. Pero las palabras no salían. Eran demasiados. Demasiados nombres, demasiadas caras que prefería olvidar pero no podía.

—¿Estás ahí, Teniente? —presionó el hombre, ahora mirándolo directamente.

Reis tragó saliva, sintiendo cómo el peso de cada soldado perdido aplastaba su pecho.

—Perdimos a casi todos —murmuró, la voz apenas audible—. Quedamos nosotros.

El oficial exhaló profundamente, decepcionado pero no sorprendido.

Reis lo miró. No con odio, ni con admiración. Solo con una especie de reconocimiento agotado. Como si por primera vez alguien dijera en voz alta lo que todos sabían pero nadie quería aceptar.

—¿Y ahora?

El oficial se puso de pie, ajustando su armadura.

—Ahora esperas. Y rezas para que su próxima batalla tarde en llegar.

La nave tembló una vez más. El sonido de los motores descendiendo se filtró por el casco. Pronto aterrizarían en una base intermedia. No la principal. Allí no eran bienvenidos. Los jóvenes no inspiraban moral.

Reis se recostó contra la pared y cerró los ojos. Sintió un temblor nuevamente, pero ya no era la nave, sino su propia mano derecha. Usó la izquierda para presionarla hasta hacerse daño.

El portavoz Kael Durnan avanzó entre los restos de lo que alguna vez fue una ciudad minera. Los cristales naturales emergían del suelo en ángulos imposibles, enormes columnas translúcidas de un azul profundo que atrapaban la luz de los soles binarios en destellos cegadores. No era el mismo azul puro y nítido que había visto en la capital; estos eran tonos iridiscentes, salvajes, que oscilaban del violeta intenso al verde esmeralda con cada leve movimiento, como si estuvieran vivos y reaccionaran al paso de los soldados. Allí, Kael supo que el color uniforme, pulcro y tranquilizador que revestía la capital era artificial. Probablemente lo habían modificado para reflejar estabilidad, orden y control, todo lo que esta región distante parecía rechazar. Incluso en llamas, Velghart era una ciudad hermosa.

El aire era denso, cargado con aromas agrídulces que recordaban al cobre quemado mezclado con algo orgánico, viscoso, apenas tolerable. La atmósfera se adhería a sus pulmones con cada respiración, como si quisiera impedirle avanzar. Las chimeneas derrumbadas proyectaban sombras deformes sobre el terreno, figuras que se estiraban como espectros hacia un horizonte coronado por montañas negras y filosas. Parecían cuchillas de obsidiana, indiferentes al destino de quienes intentaban domar este páramo.

Entre las extrañas formaciones cristalinas, ríos fosforescentes se abrían camino por la tierra erosionada. Eran fluidos que resplandecían con luz propia, revelando una intrincada red de venas planetarias que irradiaban una vitalidad inquietante.

Los informes decían que esa ciudad minera tenía al menos tres túneles que conectaban con la planicie central. Entradas naturales, profundas, imposibles de rastrear desde el aire. Tomarla no era solo simbólico: significaba aislar a los opresores del tránsito encubierto hacia los nidos de suministro. También explicaba por qué los bombardeos orbitales del día anterior habían aplanado los accesos exteriores y dejado marcas aún humeantes en los bordes del terreno.

Kael pasó junto a un cráter reciente: había restos de metralla aún caliente, y partes de un exoesqueleto ligero. Probablemente un escuadrón joven. Escuchó que al norte, otro frente había caído. Tal vez habían sido evacuados. Tal vez no. Nadie iba a confirmarlo.

A unos metros, soldados separatistas trabajaban en silencio, moviéndose entre los restos con movimientos mecánicos. Levantaban barricadas improvisadas con metales retorcidos mientras otros escoltaban civiles hacia un claro. Cables arrancados de máquinas mineras, baterías a

medio fundir que chisporroteaban con cada movimiento. Ningún dron de asistencia, ningún exoesqueleto de carga: todo dependía de manos desnudas y herramientas oxidadas, todo aquel fuera del Gobierno Universal sabía que solo el trabajo duro podía conseguir las cosas.

El paso de los rehenes quebró momentáneamente el mutismo del campamento: una mujer con la mandíbula tensa, cubierta de polvo oscuro; un anciano que se aferraba a lo poco que podía llevar consigo, y una niña que sostenía un trozo de tela deshilachado.

Un hedor espantoso, demasiado familiar, interrumpió los pensamientos de Kael.

Había decenas de cuerpos apilados sin orden ni cuidado, uniformes desgarrados, carne quemada adherida a armaduras derretidas, miembros desmembrados expuestos grotescamente. Algunos cadáveres tenían la piel tallada con símbolos separatistas, otros habían sido brutalmente mutilados y dispersados. Un soldado yacía con los párpados cortados, rostro congelado en una última expresión de terror; otro tenía la cabeza partida por el impacto de un objeto contundente, dejando el hueso astillado expuesto al aire denso del planeta.

Kael siguió avanzando.

La batalla había terminado hacía unas pocas horas. El humo aún trepaba por las chimeneas derrumbadas, y el zumbido de los drones de reconocimiento vibraba a lo lejos. Por radio, la voz de la comandante auxiliar había dado una orden en medio de la interferencia crujiente: patrullaje, búsqueda de sobrevivientes y toma de prisioneros. Y si había algo útil, reportarlo.

Kael descendió por una colina de polvo endurecido, seguido por su escuadrón. Nadie hablaba. Las botas hundiéndose entre metales retorcidos y cristales partidos eran el único sonido.

Chuet caminaba a su izquierda. Era uno de sus jóvenes cabos, más bajo que él, con los ojos siempre atentos y la mandíbula apretada. Llevaban semanas juntos. No hacía falta decir mucho. Kael nunca lo hacía.

—Portavoz —dijo Chuet sin volverse—. A unos cien metros, en la dirección tres-cinco-norte. Balmoreanos.

Kael giró apenas el casco en esa dirección.

A la distancia, sobre una elevación lejana, un grupo vestido con armaduras rojas y negras marchaba como un solo cuerpo. No se movían como humanos. Los diablos Rojinegros, tan conocidos, como odiados.

No estaban mezclados con el escuadrón separatista. Tenían su propio perímetro. Y su propia lógica.

—No se acerquen a ellos —dijo Kael con voz neutra.

—¿Informe al alto mando?

Kael negó con la cabeza.

—No. No quiero deberles nada.

Chuet asintió y ajustó el fusil contra el pecho.

El grupo se dividió en tres células. Kael tomó el flanco este, con tres soldados a su lado. Chuet rodeó la estructura metálica semienterrada hacia el sur.

Kael no debía patrullar. Un portavoz rara vez lo hacía. Pero después de semanas de descoordinación y mandos ausentes, había aprendido que la única forma de entender un frente era respirarlo.

Pasaron diez minutos de búsqueda en silencio. Un edificio caído, todavía humeante. Antiguas herramientas mineras. Ropa civil. Nada vivo.

Hasta que la voz de Chuet volvió a sonar en su comunicador.

—Portavoz. Lo encontré. Venga.

Kael giró sobre sus pasos y volvió hacia la zona de encuentro. Lo recibió un túnel colapsado. Chuet esperaba junto a una abertura improvisada, agachado.

—Adentro. Una familia. No se resistieron.

Kael bajó sin apuro. El aire era denso y el calor, sofocante.

Dentro del refugio, iluminado solo por la luz de su visor, encontró a tres figuras. Un hombre de mediana edad, una mujer con la piel curtida, y una niña. Estaban cubiertos de polvo gris y sangre seca. No estaban atados. No hacía falta.

Kael se acercó.

—¿Nombres?

Silencio.

—¿Eran habitantes de este sector? —insistió.

—Solo... solo queríamos sobrevivir —susurró la mujer, sin mirarlo.

La niña estaba abrazada a ella. Tenía los ojos hinchados, pero no lloraba. Kael se preguntó si la niña tenía la más remota idea de lo que estaba sucediendo.

El hombre se adelantó apenas, con un hilo de dignidad rota.

—No teníamos armas.

Kael lo observó. No vio mentiras en sus ojos. Solo derrota.

—Salgan.

La familia dudó. Kael se maldijo a sí mismo antes de obligarse a gritar:

—Salgan. Ya.

Cuando estuvieron en el exterior, frente a los restos calcinados de su ciudad, Kael se detuvo frente a ellos. Miró al padre. Miró a la niña.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, arrodillándose frente a la niña. Su voz intentó ser suave.

La niña no respondió. Se escondió detrás de la pierna de su madre, cuyos ojos ardían con un odio tan afilado como los cristales que los rodeaban.

—Ella no tiene nada que decirte —espetó la mujer, interponiéndose entre Kael y su hija.

Kael asintió, respirando hondo. Sus palabras salieron como un murmullo.

—Yo también tengo una hija. Suele esconderse detrás de su mamá igual que tu.

La niña asomó la cabeza por un instante, pero su madre no permitió que la conexión durara.

—¿Crees que eso importa? —dijo, con un tono que mordía—. Todo lo que amábamos está muerto. Todo. ¿Y vienes a hablarle de tu hija? ¿Cómo te atreves? Malnacido.

Kael asintió y dio un fuerte respiro.

—Mira a tu madre —dijo Kael.

La niña dudó. Kael se forzó a sonreír. La misma sonrisa que usaba con sus propios niños.

—Mirala, en serio, tengo que darle un regalo pero tú no puedes verlo todavía. Es un secreto.

La madre frunció las cejas. La niña obedeció. Kael supo que era el momento. Levantó el arma.

Tres disparos.

Nada más.

Kael bajó el arma. El cuerpo del padre cayó primero. Luego la madre. La niña se desplomó sin un grito. El viento arrastró una brizna de ceniza sobre sus cuerpos. Nadie se movió.

Chuet, desde atrás, no dijo nada. Solo desvió la vista.

Kael guardó el arma sin ceremonia.

—Espero que entienda el motivo de mis acciones, Cabo —le dijo mirándolo. Él asintió—. De la misma manera, espero que guarde el mismo silencio que guardaría yo con usted.

Chuet no respondió, pero no hizo falta. Los dos siguieron avanzando a la par.

El cielo binario comenzaba a oscurecerse, pero los cristales seguían brillando bajo la tierra rota.

La nave de evacuación rompió la atmósfera con un estremecimiento seco. Las nubes de ceniza que cubrían el cielo del hemisferio sur quedaron atrás, y pronto el azul sucio del planeta fue reemplazado por el negro absoluto del vacío. Solo entonces, Reis comprendió que seguían vivos.

Reis miró a través del pequeño visor semicircular del compartimento. Desde allí, vio la Estación Estratégica K-9 del Gobierno Universal: una plataforma orbital descomunal suspendida como un parásito sobre Tau Ceti IV. No era una nave; era una ciudad suspendida, una base logística con hangares flotantes, torres de comando, zonas de escaneo y anillos de defensa que giraban en sincronía matemática. Desde lejos, parecía inmóvil. Desde cerca, era una máquina viva.

Un mensaje automático los recibió:

“Unidad 17ª evacuada. Daños reportados. Desembarco autorizado en Dársena 12-C. Procedan al ingreso por pasarela secundaria. Asistencia médica parcial habilitada. Categoría de prioridad: baja.”

Reis no reaccionó. Solo ajustó su casco bajo el brazo y esperó a que la compuerta se abriera.

Cuando el acceso presurizado se activó, un tubo metálico descendió desde la plataforma de acoplamiento y encajó contra la compuerta de su nave con un silbido húmedo. La puerta se deslizó hacia los lados con un chirrido demasiado lento para la urgencia que todos sentían. Ningún oficial los esperaba. Solo una señal holográfica que indicaba: “Pasillo de tránsito – Nivel 3 – Barracón Provisional.”

Caminaron por el túnel de acople en completo silencio.

Del otro lado, los esperaba el orden clínico y burocrático de la estación. Luz blanca estéril, pasillos pulidos con aroma antiséptico y sensores de identidad integrados en cada puerta. Omnis escaneaba sus signos vitales

sin que nadie lo solicitara. Las paredes vibraban con una pulsación casi imperceptible, como si hasta el metal mismo respirara control.

Dos drones de atención médica se acercaron con lentitud, guiando a los más heridos hacia una enfermería secundaria.

—Sólo los de grado tres o superior reciben tratamiento inmediato —dijo una voz automatizada, sin emoción alguna.

Reis no discutió. Vio cómo se llevaban a dos de sus soldados y cómo otros simplemente quedaban sentados en el corredor, esperando algo que sabían que no llegaría.

Uno de los miembros más jóvenes de su escuadrón, Jevin, se apoyó contra la pared, con los ojos abiertos pero sin ver.

—¿Así nos reciben? —susurró, sin dirigirse a nadie en particular.

Reis se limitó a asentir. También era su primera vez arriba, en la estación. Pero ya lo intuía: allí no había lugar para la emoción. Solo cifras, rendimientos, proyecciones.

Una pantalla se encendió sobre ellos. Mostraba gráficas de operaciones activas, líneas de suministro y mapas de calor sobre el planeta. Ninguna mención a su escuadrón. Apenas una línea tenue con un código de unidad y la palabra: “Reorganización pendiente.”

Al final del pasillo, una oficial de logística los recibió con una tablet flotante y sin levantar la vista de la pantalla.

—Teniente Reis, su escuadrón será alojado temporalmente en el Bloque M-4, compartimento 18. Tendrá una reunión con mando superior a las 0600. Hasta entonces, descansen. No abandonen el sector.

Reis firmó digitalmente sin leer. La mujer ya se había girado para recibir a otra unidad.

Camino al barracón, algunos soldados del escuadrón empezaron a murmurar. Pequeños gestos. Quejas mudas.

Miedo envuelto en cansancio. Nadie sabía cuánto durarían allí. Nadie sabía si volverían abajo.

Reis se detuvo un segundo antes de entrar al módulo asignado. Desde allí, podía ver por una escotilla lateral el planeta. Tau Ceti IV giraba lentamente en la oscuridad, como una herida que no terminaba de cerrarse.

Entró sin mirar atrás.

El aire dentro de la sala de reuniones era frío, seco, reciclado tantas veces que había perdido cualquier rastro de humanidad. Las paredes eran planchas metálicas estériles, sin adornos, sin rastros de identidad más allá de los paneles de holo-proyección que dominaban la mesa central.

Solo estadísticas flotando en el aire, mapas digitales parpadeando con datos en tiempo real y la voz controlada de la inteligencia artificial que relataba pérdidas con la misma indiferencia con la que enumeraba niveles de munición.

Reis entró en la sala con paso inseguro. Nadie lo anunció, pero todos lo observaron, evaluando al joven teniente que apenas superaba los veinte años. Su uniforme estaba cubierto de polvo y sangre seca, su armadura dañada, y el casco que sostenía en una mano temblaba levemente.

Los oficiales ya estaban reunidos. Hombres y mujeres de traje impoluto, condecoraciones brillantes y la frialdad de quienes nunca habían conocido directamente la brutalidad de Tau Ceti.

El coronel Ardeval, un hombre de mandíbula cuadrada y ojos duros, lo observó con impaciencia.

—Teniente Zinerman. ¿Situación?

Reis dejó el casco sobre la mesa con cuidado, casi con vergüenza.

—Nos superaron, señor —dijo en voz baja, evitando el contacto visual—. La 17ª sufrió bajas importantes. Los separatistas ocuparon toda la zona. No pudimos contenerlos.

Hubo un silencio breve, incómodo. No de sorpresa, sino de confirmación. Las pantallas ya les habían dicho todo. Querían escucharlo de él solo para que sintiera el peso de admitir la derrota.

El comandante Erian Dalt, impecable en su pulcritud, entrelazó sus manos con calma.

—La 17^a está llena de reclutas, Reis. No podíamos esperar que resistieran mucho. ¿Qué creías que iba a suceder?

Reis sintió la humillación crecer en su pecho, pero no dijo nada.

—Quizás, con más apoyo, hubiéramos podido... —murmuró débilmente.

El coronel Ardeval lo interrumpió con un gesto firme.

—Hay otras prioridades más importantes.

Reis bajó la cabeza.

—Entiendo, señor.

El comandante Var Hesker, con una cicatriz profunda en la mandíbula, rompió la tensión mostrando un holograma del mapa.

—El problema inmediato ahora es que los separatistas avanzarán. No podemos permitirnos perder más territorio.

Reis permaneció en silencio, sabiendo lo que vendría después.

Ardeval señaló tres puntos clave en el mapa.

—Tau Ceti tiene tres áreas críticas: el capitolio, ya perdido; el valle ondular y la península costera. El valle es esencial. Allí se localizan los servidores de Omnis.

Reis tragó saliva, interrumpiendo con timidez.

—Señor, del valle es de donde venimos. Nos... nos destrozaron.

Ardeval lo miró sin emoción.

—Por eso vamos a lanzar un contraataque al capitolio. No podemos levantar el interés por el valle ondulado.

Reis sintió cómo se le cerraba la garganta.

—¿Mi unidad será enviada otra vez, señor?

El coronel negó con frialdad.

—Esta vez solo harán presión aérea en el flanco sur. No esperamos victoria, solo mantenerlos ocupados.

Reis entendió el subtexto. Su vida, y las de su escuadrón, eran simplemente una distracción.

—Entiendo, señor —respondió apenas audible.

—Descansa esta noche, teniente —dijo Ardeval, como quien concede un favor—. Mañana temprano quiero a tu unidad preparándose. El ataque es en tres días.

Reis miró el mapa holográfico, sintiendo un peso enorme sobre los hombros. Sintió a sus dientes superiores presionar con odio a los inferiores.

—¿Alguna pregunta, teniente? —preguntó Ardeval, con un leve tono de desafío.

Reis negó lentamente.

—No, señor.

—Excelente. Esta vez deberán valerse por sí mismos. No esperen apoyo adicional. Contamos con ustedes.

Reis asintió, sintiendo cómo la sala se volvía aún más fría. Ardeval llevó su mano hacia el pecho.

—Viva la unión.

Reis hizo lo propio.

—Viva la unión.

Reis abandonó la sala con pasos lentos. El corredor estaba iluminado por luces que parpadeaban débilmente, proyectando sombras alargadas que parecían seguirlo.

Caminó despacio. Presionar desde el aire el flanco sur era un suicidio disfrazado con palabras técnicas. Sabía lo que le estaban pidiendo. El mando superior lo sabía también, pero a nadie parecía importarle demasiado.

La garganta se le cerró y se detuvo un instante, apoyándose contra la pared fría del pasillo. Cerró los ojos un

segundo, permitiendo que las imágenes del último combate volvieran a él. Rostros en tensión, fuego enemigo, la expresión sin vida de Garlan mientras caía entre cristales resonantes. Sintió un breve temblor en los hombros, una leve punzada detrás de sus ojos. No lloró, pero el nudo en la garganta seguía ahí.

Se incorporó, respiró profundo y retomó el camino hacia el compartimento donde descansaba su escuadrón. A medida que se acercaba a la puerta, su rostro recuperaba lentamente una compostura rígida y militar. Era consciente de su juventud, de la falta de experiencia que seguramente sus soldados veían en él.

Abrió la puerta con decisión.

Dentro, los soldados lo esperaban en silencio. Algunos estaban sentados en pequeños bancos improvisados, otros permanecían de pie, con rostros cansados y miradas tensas, aguardando instrucciones. Una muchacha joven de tez negra y cabello rapado alzó la voz.

—Teniente —saludó Alis con respeto, pero sin calidez—. ¿Qué órdenes tenemos?

Reis carraspeó suavemente, manteniendo la voz lo más firme posible.

—En tres días debemos realizar una serie de ataques aéreos para presionar el flanco sur. Particularmente en el Capitolio. Nuestro objetivo es distraer a los separatistas mientras las otras unidades intentan reagruparse.

Hubo un silencio inmediato. Algunos soldados intercambiaron miradas discretas, pero Reis las percibió claramente. Alis se mantuvo callada.

—Con todo respeto, teniente —intervino Miren con calma, pero con una firmeza imposible de ignorar—, sin apoyo terrestre esa estrategia ya nos costó muchos soldados. ¿Esta vez tendremos algún respaldo?

Reis respiró profundo, controlando cuidadosamente

su expresión.

—Las órdenes no incluyen apoyo terrestre. Entiendo sus preocupaciones, las comparto, pero no tenemos otra opción.

Miren frunció ligeramente el ceño.

—Perdóneme, señor, pero entonces necesitamos plantear alternativas. No podemos repetir exactamente lo mismo que salió mal la última vez.

—Las órdenes son estas. Me gustaría poder decirles otra cosa, pero no puedo. Tampoco es mi decisión.

Alzar, uno de los soldados mayores del grupo, con veintitrés años que parecían muchos más en sus ojos cansados y la pelirroja calvicie incipiente, levantó la mirada lentamente.

—Señor, ¿cuándo van a empezar a escucharnos arriba? Deberían enviar tropas más experimentadas.

La voz de Alzar no era agresiva, pero sí contenía la frustración acumulada de varias semanas. Reis permaneció callado por un instante. Cuando habló, lo hizo con tono firme, pero sin agresividad:

—Lo sé, soldado. Pero es lo que tenemos ahora mismo.

Jevin, el más joven del grupo, apenas diecisiete años, titubeó antes de hablar:

—¿Y qué pasa si no funciona otra vez, señor? ¿Qué pasa si...?

—No podemos pensar así —interrumpió Reis con suavidad pero determinación—. Ya conocen la misión. Hagamos lo posible para cumplirla y volver enteros.

Se formó otro silencio, más resignado que hostil. Los soldados bajaron ligeramente la mirada.

—Descansen lo que puedan —dijo finalmente, con tono más tranquilo—. Salimos al amanecer.

Giró sobre sus talones y salió con calma del compartimento. Una vez afuera, apoyó suavemente la espalda contra la pared, respirando profundo y lentamente. Observó

las luces del pasillo que seguían parpadeando débilmente.

No lloró. Simplemente esperó a que el peso en el pecho cediera un poco, y cuando no cedió, siguió de todos modos.

Kael Durnan descendió de la colina con el pulso controlado y los dientes apretados. Había caminado despacio, como si el descenso borrara las huellas del acto. Nadie preguntó. Nadie miró. Solo el leve crujido de la grava bajo sus botas acompañó el regreso.

Observó en silencio cómo sus soldados se movían entre los escombros, intentando reconstruir alguna apariencia de orden. Cerca de una barricada improvisada, un joven soldado intentaba levantar torpemente un panel de metal mientras una compañera lo reprendía por haber dejado caer su rifle. Al lado, un grupo intentaba reparar un transmisor improvisado, intercambiando murmullos tensos y frustrados.

Kael se detuvo frente a un grupo que descansaba cerca de una pequeña hoguera improvisada, alimentada con fragmentos de lo que alguna vez fue equipamiento militar. Estaban sentados en círculo, compartiendo un par de cigarrillos, las miradas bajas, las expresiones sombrías.

Kael reconoció a Rudolph, su segundo, y al joven Div Kut, que apenas superaba los diecisiete años.

—Portavoz Durnan —lo saludó Rudolph, con el rostro marcado por cicatrices recientes—. La radio sigue muerta. Sin piezas nuevas no vamos a enviar ningún mensaje.

Kael asintió, inspeccionando el transmisor desarmado a su lado. Las piezas parecían arrancadas de varias máquinas distintas, un collage de desesperación técnica.

—Hacemos lo que podemos con lo que tenemos —murmuró, encendiendo un cigarrillo—. Y eso ya es mucho. Nosotros no tenemos un Omnis.

Rudolph chistó.

—Por eso habría que equilibrar el juego.

Div Kut, con ese tono tartamudo que Kael ya le conocía, preguntó:

—¿Cree que tenemos una oportunidad, señor?

Kael exhaló el humo lentamente, observando cómo desaparecía en el aire cargado.

—Si no la tenemos, la creamos. Eso es todo lo que nos queda.

Div asintió sin entender del todo.

—Entiendo...entiendo, gracias, señor.

Y volvió a su lugar sin insistir.

Un par de soldados cantaban a lo lejos. La misma canción ritual que se escuchaba siempre que los balmoreanos tomaban prisioneros.

“Viajarán con Bagdur, viajarán con Bagdur...”

Kael giró levemente el rostro. Desde una colina baja, vio un grupo de ellos, casi cuarenta, descendiendo por la ladera. Caminaban con precisión coreografiada, arrastrando cuerpos y rehenes. Algunos reían. Otros empujaban sin hablar. El canto continuaba, sin emoción, como si fuera un rezo militar aprendido de memoria.

Kael desvió la mirada. No dijo nada.

—Son animales —murmuró Rudolph, en voz baja.

Kael no respondió. Solo soltó el humo por la nariz. Unos pasos a su espalda anticiparon la voz que le habló.

—Durnan —saludó sin cortesía—. Quiero un informe real. No uno escrito por algún operador de logística. ¿Qué viste?

Deshen Roq. Su armadura estaba salpicada de tierra y sangre seca. Su andar era firme, y su rostro parecía esculpido en piedra. Una mata de pelo negro intentaba cubrir varios huecos vacíos, pero raramente alguien lo notaría, ya que su mirada era suficiente para tratar de evitar mirarlo directo.

Kael se incorporó, tirando el cigarrillo a un lado.

—Túneles, acceso por el este y sureste. Estamos reforzando las entradas. Hay que hacer una exploración más profunda, pero seguro nos lleven a distintos puntos —dijo, sin adornos.

Roq se cruzó de brazos, evaluando las palabras.

—¿Y los civiles?

Kael sostuvo la mirada.

—Principalmente controlados por los balmoreanos. Algunos siguen vivos.

—¿Alguien dijo algo valioso?

—No, señor.

Roq asintió con lentitud.

—Bien. Recibí órdenes de Devouir. Vamos a reforzar la posición durante las próximas 72 horas. Después de eso, recibimos el segundo contingente y nos preparamos para despejar las rutas hacia los nidos subterráneos.

Kael lo escuchaba, pero solo a medias. La imagen de la niña seguía atada a su retina.

—¿Y si no llegan refuerzos? —preguntó, como tanteando el terreno.

Roq lo miró con una ceja levantada.

—Devouir se está ocupando de todo. Y si el consejo confía en él, nosotros vamos a hacer lo mismo, ¿está claro?

Kael asintió. Conocía suficiente las inflexiones de voz de Roq como para saber que esa pregunta lo había irritado considerablemente.

—Por otro lado —continuó Roq—. No voy a poder tener un ojo solo en Velghart. Si seguimos avanzando hacia Ciryán o Kharat voy a necesitar alguien que tenga un ojo acá.

Hubo un silencio breve. Kael esperaba no recibir la noticia que sospechaba. Roq movió la mano en círculos con impaciencia.

—Ese serías TU, Kael.

La imagen de la familia no se apartó ni un segundo. Kael no sintió orgullo, o felicidad ante la noticia.

—Señor, he de destacar que nunca fui comandante regional de un continente entero...

Roq chistó.

—Es similar a otros operativos, solo que tienes que tener en cuenta más terreno. Sigue mi guía y vas a estar bien, Kael. El rol de Portavoz ya te estaba quedando chico.

—Es un honor, señor, gracias por su confianza —dijo haciendo el saludo militar.

Roq asintió con la cabeza. No sonrió ni gesticuló de ninguna forma, pero algo en sus movimientos le hizo saber que estaba contento.

—Descanse, soldado —le dijo—. Acomodémonos unos días, más pronto que tarde vamos a tener que planear la reestructura.

Roq sacó de su chaqueta una pequeña caja de cigarrillos y le ofreció uno.

—¿Anafola? Te gustaban los suaves, ¿no?

Kael aceptó. Lo encendieron juntos, como viejos soldados que ya no necesitan hablar para entenderse.

Roq lo observó unos segundos más, como midiendo algo. Luego bajó la voz.

—¿Sabés, Kael? Si buscas una alternativa a todo esto... sabes que todavía estás a tiempo de aceptar la Operación Búho. No es tarde.

Kael sonrió con amargura.

—Disculpe, Señor, pero debo ser firme con eso. Tengo una familia a la que volver. Tengo una vida que vivir.

Roq lo miró un momento más. Esta vez con un dejo de comprensión que Kael no esperaba.

—Algún día vas a entender que esa elección también es una forma de morir. Poco a poco.

No lo dijo con amenaza. Lo dijo con certeza.

Kael se quedó observando las columnas de cristal azul recortadas contra el cielo rojizo. Un planeta lejano. Un campo de muerte. Un punto en la guerra que pronto lo iba a devorar todo.

Y sin embargo, ahí estaba. Como todos los demás.

Por un momento pudo pensar, recordar las últimas horas. Intentó bloquear de su mente las imágenes que le dolían, como siempre.

Esta vez no pudo.

